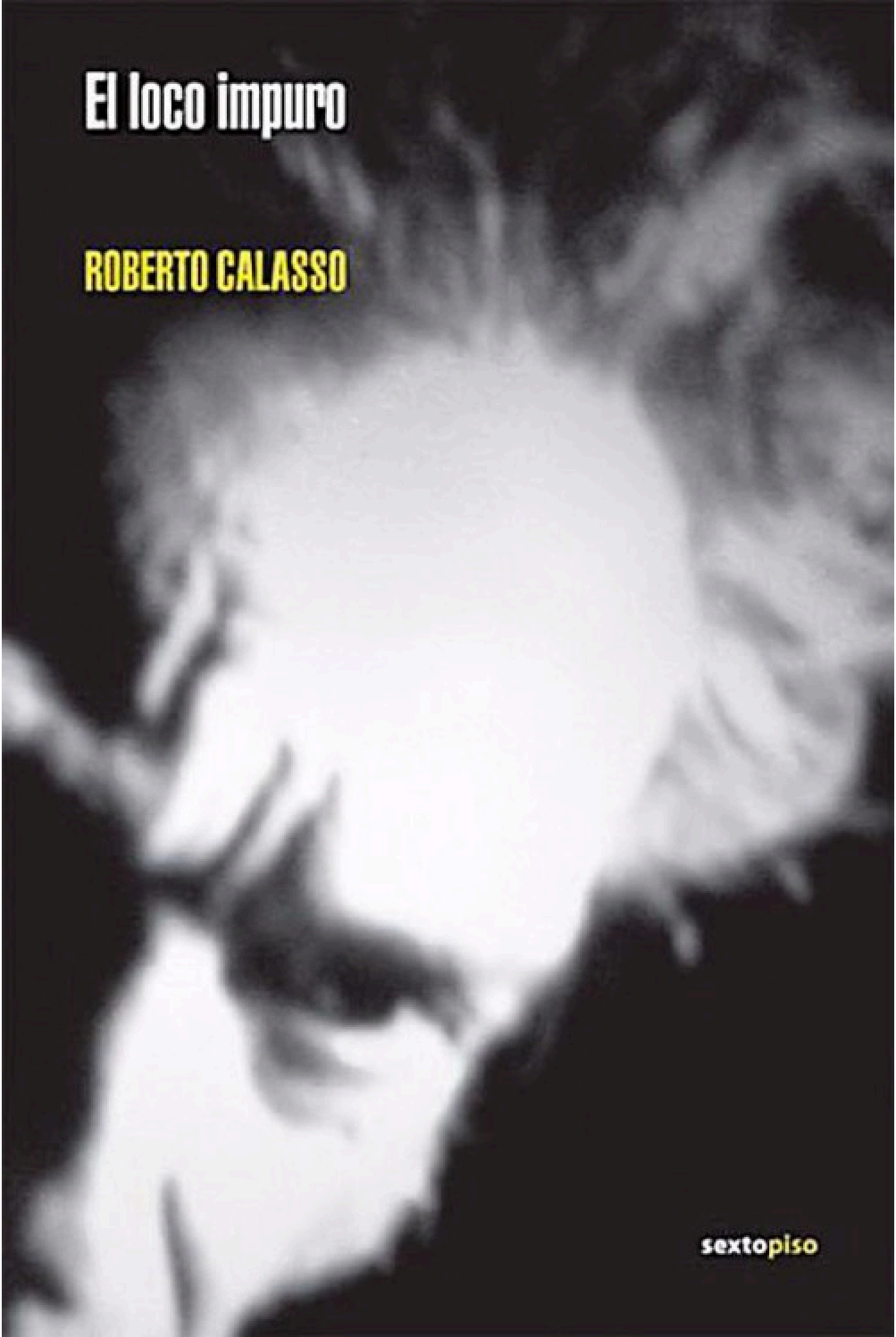
El loco impuro

ROBERTO CALASSO



sextopiso

Roberto Calasso

El loco impuro

Traducción de Teresa Ramírez Vadillo

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original: L'impuro folle

Copyright © Roberto Calasso, 1974
Originally published by Adelphi Edizioni SpA, Milano
All rights reserved

Primera edición en Sexto Piso España: 2008

Traducción: Teresa Ramírez Vadillo

Revisión y corrección: Valerio Negri Previo
Fotografía de portada: Alberto García-Alix

Copyright © Editorial Sexto Piso, S.A. de C.V., 2008
Sexto Piso España, S. L.

Diseño: Estudio Joaquín Gallego

ISBN: 978-84-96867-27-7
Depósito legal: M-44516-2008

NOTA DEL MAQUETADOR

El libro original lleva un índice. Sin embargo, la diferenciación de los diferentes capítulos está separada simplemente por un espacio en blanco; se ha mantenido así, aunque el índice si se observa en el TOC del libro. Esta estructura solamente se ve así en Fb2.

Existen palabras en griego que no se visualizarán en todos los formatos.

Para F.,
en Charing Cross

La laceración en el Orden del Mundo

En un año impreciso, durante el reinado de Federico II de Prusia, la «admirable estructura» del Orden del Mundo sufrió una laceración, a la que habrían de seguir muchas otras, «según el principio de *Vappétit vient en mangeant*». Se cumplían, *spiritualia nequitiae in coelestibus,* guerras de sucesión intestinas, allende el sol azotaban los Hermanos de Gasiopea, todo sonido era de complot, pero el confundido espíritu terrestre recibió los trastornos sin lograr entenderlos con claridad; ya hacía tiempo que los prodigios tendían a pasar inadvertidos, y sólo algunos viajeros dejaban caer breves alusiones sobre lo que sostenían haber visto con sus propios ojos, agregando, no obstante, que «los acontecimientos más grandes son aquéllos de los que se tiene noticia hasta el final». El cronista celeste, testigo-actor, esperó el festivo y obsceno asomo del siglo para empezar a narrar su fábula, entre febrero y septiembre de 1900, en el Instituto de los Nervios de Dios situado en Sonnenstein, cerca de Pirna, en Sajonia, un castillo dividido en cuatro alas, habitado entonces por seiscientos veinte pacientes («Que *l'on chasse cesfous!*», había gritado Napoleón en 1813, aunque no había ordenado que saquearan sus provisiones), encomendados al consejero secreto, el doctor Weber. Entre ellos había un magistrado alemán de cincuenta y ocho años, descendiente de una ilustre familia de inexorables correctores de la humanidad: Daniel Paul Schreber, *Senats-präsident,* presidente de la Corte de Apelaciones, retirado —así firmaba entonces—. Su retiro era el Teatro del Mundo puesto al desnudo con horrible intensidad: en las pausas de su retiro se volvió analista de las torturas y las metamorfosis divinas, escribiendo las *Memorias de un enfermo de nervios*, que no dieron el resultado de iluminar al mundo sobre los acontecimientos que, desde los tiempos de Federico II, lo habían sacudido hasta desestabilizar su orden, pero convencieron a los jueces de la Corte de Apelaciones de Dresde de que Daniel Paul Schreber —que había concluido sus *Memorias* anunciando su progresiva transformación en mujer, su éxito en persuadir a Dios de no violar con demasiada insistencia el Orden del Mundo y, finalmente, el próximo nacimiento de una nueva humanidad parida por Schreber-hembra— estaba «a la altura de las tareas que la vida le impone... en todas las esferas vitales aquí consideradas, y son las más importantes» (se habían discutido, principalmente, sus capacidades para administrar su patrimonio), y que, en consecuencia, conforme al párrafo 6 del B.G.B., se tenía que anular la precedente sentencia de interdicción.

Vida divina antes de la crisis

En los buenos tiempos antiguos, vino a enterarse Schreber, Dios tenía que ver sólo con cadáveres. La vida le era desconocida, y peligrosa. Cuando, para corregir levemente el curso de los asuntos terrestres, se tornaba necesaria una intrusión suya entre los vivos, Dios, que es puro nervio —y en particular una masa de nervios capaz de «transferirse a todas las cosas posibles del mundo creado», asumiendo para tal función el aspecto de rayos—, establecía un rápido contacto con ciertos nervios sobreexcitados, por lo general de durmientes, ésos que los hombres llamarán, por su bien conocida propensión al *kitsch*, profetas, videntes y poetas. O bien, sobre todo en caso de guerra, le bastaba suscitar un poco de viento, *afflavit et dissipati sunt,* para que la victoria quedara entre sus aliados, principalmente Alemania. Pero evitaba las relaciones prolongadas; Dios —como se sabe— ama esconderse y quiere, sobre todo, ocultar sus debilidades; más aún, *su* debilidad, el «talón de Aquiles» en el Orden del Mundo: la atracción por lo viviente. En efecto, según la insondable Ley de la Atracción, «los rayos y los nervios se atraen recíprocamente» y Dios está siempre bajo una amenaza latente de ser atrapado por la fascinación de la vida, pero de una vida que nunca emanará de la humanidad prona, sino sólo de cualquier forma de *nerviosismo* y *excesos voluptuosos* —o sea, de la feminidad, porque «todo lo femenino, en efecto, ejerce una atracción en los nervios de Dios»—. Uno solo, pero letal, es el peligro vinculado a esta atracción (y a cualquier atracción): el de perder la identidad. Y Dios, que en su remota región es sólo el archivo de los Nombres de los vivos y no tiene nada más que ver con ellos, debería entonces renunciar a su primera y extrema prerrogativa de testigo de la identidad y de sujeto él mismo.

Fue aquél el periodo del Uno y del Cadáver: el dios entonces lejano no necesitaba siquiera un Mediador para atender sus escasos asuntos terrestres; le bastaban aquellas furtivas visitas nocturnas —y mientras tanto el cuerpo de Dios continuaba enriqueciéndose con todos los nervios de los muertos—. Una vez depurados, éstos formaban una masa blanda, los «vestíbulos del cielo», de donde se permitía el acceso a los reinos anteriores y posteriores de Dios, el cuerpo de Ormuz yArimán. ¿Era entonces doble el dios del Uno? Claro, pero era tan remoto que los hombres no sabían nada. Y, además, ¿cómo habrían podido saberlo? En sus rápidos contactos se amilanaban ante la fuerza, con la hoja del cuchillo en el cuello, atrapados por un momento y abandonados al vacío por el espectro de un predador que vagaba entre los vivos.

Y un día se produjo el gran crimen —durante el reinado de Federico II de Prusia, pero también durante el reinado de Guillermo II y asimismo en el interín entre ambos: tanto emplearon los «relojes cósmicos» en agotar su carga—, el crimen que produciría la fisura irremediable en el Orden del Mundo.

Y aquí nuestra crónica, después del prólogo en el cielo, se enfocará en las vicisitudes de dos grandes familias sajonas, afines y enemigas: los Schreber y los Flechsig, pertenecientes a la «suprema nobleza celeste».

La familia Schreber

Investidos del título de «margraves de Tuscia y Tasmania», los Schreber aparecen, en los umbrales del reinado de Federico II y casi como sello de la edad compacta que se acababa, en la figura de Johannes David Schreber, rector de la venerable escuela de Pforta, la escuela de los príncipes donde Nietzsche remojaría su latín en el *grog* —quien, detrás de su atril, contemplaba desde la ventana «el tilo en flor» y la «amable naturaleza» de las colinas del Saale—. Y antes de él habían recluido en ese parque a otros: Klopstock, Lessing, Novalis. Después fue centro de formación de la *créme* de las SS. Desde su primer opúsculo aparecido en 1688, *De libris obscœnis,* Johannes David fijaba el destino de su estirpe en la preocupación por el «mal placer». Era la preocupación de quien conoce, como se constataría dos siglos más tarde. En la lascivia de los clásicos, pero aún más en las meticulosas descripciones de los casuistas jesuítas —Sánchez, *De matrimonio,* conversa doctamente *contra naturam* con Aloysia Sigaea Toletana—, había encontrado ese fuego frente al que «los verdaderos cristianos» prefieren la hoguera de los libros (cap. XVI). Y la poesía no puede servir de excusa. Sólo la ciencia, en todo caso: el anatomista es el único que está cualificado para «nombrar esas partes [sexuales], describirlas e incluso mostrarlas sin atentar contra el pudor». Porque en esas partes se muestra la «admirable estructura» y la «sabiduría del Creador». «Admirable estructura» en el cadáver, oprobio en el cuerpo viviente —tal es el blasón de la familia Schreber—. Sanear el universo, extirpando el «mal placer» que desciende por corrupción filológica de Tobías, 8, 9, es la misión de los margraves de Tuscia y Tasmania. El hijo Daniel Gottfried (...-1777) tiene vena polígrafa y propone brillantes mejoras a las particularidades del mundo, ya sean los impuestos o el servicio postal, el cultivo de duraznos, la cría de carneros o la destrucción de las orugas. Como economista, había transferido instintivamente el «mal placer» a la «mala moneda» y también él albergaba visiones de saneamiento definitivo: «El comercio ya no será arruinado por la “mala moneda", por los judíos y por otros enemigos...» y, cuando los judíos dejen de corromper la moneda, también se «utilizarán todos los lugares desnudos». Su hijo, Johann Christian Daniel (1739-1810), naturalista, consagrará muchos estudios a los posibles medios para mejorar la grama. De un hermano suyo, jurista, nacerá el padre del presidente Schreber: Daniel Gottlob Moritz (1808-1861), que se propuso extender la persecución en nombre del Bien a toda la existencia humana, coartando la vida desde sus inicios: se volvió educador. En él se unen las dos líneas de los Schreber, divididos entre juristas y científicos: el educador impone una ley que es a la vez jurídica y biológica, dirigida a la integridad moral de la naturaleza. Daniel Gottlob Moritz Schreber persiguió tenazmente el Bien, quiso la voluntad —la *«fuerza de voluntad éticas* es «la espada de la victoria en la batalla de la vida» (*Kallipädie*, Leipzig, 1858, p. 184) y, por lo tanto, como recordó su joven exégeta nazi Alfons Ritter, «el salvador aun en la ñebre y la noche de la locura»— y percibió, con el rigor de los grandes visionarios, el nexo circular que liga las lavativas frecuentes, los sacrificios por los pobres, la posición erguida, los antiguos Germanos, la retención del esperma, la gimnasia en la habitación, la piedad practicada con firmeza y bravura, los baños fríos, el baño de sol, la moderada alegría casera, los pecados escritos en el pizarrón, el odio por las fábulas, la santidad del trabajo, la jardinería forzosa y la Ley Moral en nosotros. Organizó a su familia como célula experimental del nuevo cuerpo de la sociedad, tal como debería marchar alegremente hacia el sol, la luz y el trabajo, después de extirpar esos *«tumores en el cuerpo del Estado,* que son las «clases inferiores» no educadas en el «ennoblecimiento de la vida de acuerdo con la razón y la naturaleza, por obra del poder moral» (*Ueber Volkserziehung,* Leipzig, 1860, p. 14). En Alemania, en 1988, los *Schreber-gärten* —pequeños huertos instituidos según las ideas del pedagogo— produjeron trescientos cincuenta millones de kilos de fruta y doscientos noventa millones de kilos de legumbres, y en 1958 había más de dos millones de miembros de las Asociaciones Schreber. Fecundo inventor de instrumentos para

enderezar a la humanidad, producidos por el mecánico Joh. Reichel en Leipzig, D.G.M. Schreber estudiaba los efectos sobre sus hijos —y, por supuesto, los experimentó también sobre el pequeño Presidente, que tenía diecinueve años cuando su padre murió—. A D.G.M. Schreber se deben: el *Geradhalter* (en dos versiones: portátil, para usar en casa; fijo, sujeto a las bancas de escuela), instrumento metálico que obligaba a los niños a mantenerse erguidos cuando estaban sentados; el *Kopfhalter,* un tirante de cuero aplicado por un extremo a los cabellos del niño y por el otro a la camisa, de modo que jalara el cabello de los que no mantenían la cabeza derecha; *el Kinnband*, una especie de casco hecho de correas de cuero que rodeaba la cabeza del niño y debía asegurar el crecimiento armonioso de la quijada y los dientes; una rienda de cuero fijada a la cama que obligaba al niño a estar acostado en posición supina, evitando así la perversión del sueño sobre los costados, aunque no necesariamente la profanación del cuerpo mediante la masturbación. A esta última, que era entonces la forma más acreditada del pecado original, D.G.M. Schreber aludió raras veces, pero cuando se refirió a ella fue con un acento de condena implacable por las *«silenciosas aberraciones» (Kallipädie*, *cit.,* p. 256): «El hombre puede hundirse hasta convertirse en un verdadero horror, si se pierde por vías antinaturales en el intento de satisfacer su placer sexual, como sucede precisamente con el espantoso vicio de la profanación de sí mismo, ya que nada cobra venganza de modo tan seguro y terrible como la naturaleza violada*» (Das Buch der Gesundheit,* Leipzig, 1839, p. 164). Pero no basta con evitar el acto nefando: D.G.M. Schreber sabe bien que el enemigo está en el inconsciente, si es cierto que, una vez más en las palabras de su exégeta nazi A. Ritter, *«el progreso de la historia se manifiesta como el paso de la dominación del inconsciente a la de la conciencia*», y quiere sobre todo evitar las poluciones nocturnas, por lo que prescribe hacer por la noche una «simple *lavativa de agua* a la temperatura de 10-12 grados, que deberá retenerse el mayor tiempo posible (y, por lo tanto, no debería ser demasiado abundante)» (*Aerztliche Zimmer-Gymnastik*, Leipzig, 1855, P— 81). En una noche del invierno de 1894 el presidente Schreber —segundo hijo de D.G.M. Schreber: el primero, Gustav, también juez, después de volverse loco se había suicidado unos años antes— tuvo «un número absolutamente insólito de poluciones (alrededor de media docena)». Esa noche, escribió el Presidente, «fue decisiva para mi derrumbe espiritual». Y «desde entonces empezaron los primeros síntomas de una relación con fuerzas suprasensibles, en particular de una conjunción nerviosa que el profesor Flechsig [a cuyos cuidados estaba encomendado en ese momento, encerrado en su clínica psiquiátrica universitaria] había establecido conmigo, en el sentido de que hablaba con mis nervios sin estar presente personalmente. Desde ese momento tuve también la impresión de que el profesor Flechsig no alimentaba buenas intenciones hacia mí».

La familia Flechsig

Otra gran familia, los Flechsig. Severo abolengo de Franconia y Sajonia: ya investidos de un feudo en 1444, reaparecen en un Glorius Flechsing (antigua grafía), jefe de palafreneros de un príncipe sajón en Weimar durante los primeros años del siglo XVI; a partir de 1571 se inscriben ininterrumpidamente en los registros parroquiales de algunos pueblos con nombres de exquisito cuño alemán, como Hirschfeld o Wolfersgrün; con el pasar de las generaciones se introducen en las ciencias pedagógicas, jurídicas y teológicas; sobresalen en la clarividente empresa de la educación de las masas pobres promovida por Emil Flechsig, archidiácono de St. Marien en Zwickau, padre del profesor Paul Emil (1847-1929), el discípulo del gran Ludwig en Leipzig, el autor de los innovadores estudios sobre la mielogénesis, el neuroanatomista ampliamente reconocido en Europa y, consecuentemente, gran autoridad en el mundo de la psiquiatría, aquel que habría de tomar en sus manos al presidente Schreber. Rememorando con gratitud su propia educación como planta del cementerio, a la sombra del venerable conjunto gótico tardío de la iglesia de St. Marien, recordaba conmovido la fundación, concebida por su padre Emil junto con el consejero secreto eclesiástico Dohner, de la «Asociación para la Cultura Popular de Zwickau, que intentaba promover un estado de conformidad por la vida en condiciones modestas, ilustrándolo con las figuras de personas dignas de ser imitadas por haber llevado una vida de simplicidad ejemplar» *(Meine myelogenetische Hirnlehre mit biographischer Einleitung*, Berlín, 1927, p. 4). Cierto es que «el socialismo invasor muy pronto relegó a la sombra a estas formas más pacíficas de la acción social» *(loc. cit.)*. Pero en el cielo se preparaba la venganza.

De cualquier modo, un silencio persistente habría de seguir cubriendo durante años las fechorías que se fraguaban en los intramundos; la verdadera historia de los infatigables arcontes-Flechsig quedaba marcada sobre todo en los archivos celestes, mientras que la tierra sólo registraba distraídamente las cartas que el adolescente Robert Schumann escribía, de Zwickau a Leipzig, a su amado compañero Emil Flechsig, exactamente veinte años antes de que éste se convirtiera en el padre de Paul Emil:

«Justo estaba soñando, tendido sobre mi otomana; frescas primaveras de tiempos pasados ondeaban en torno a mis ojos bañados en lágrimas y, de pronto, me desperté con tu carta entre mis manos; entonces acudieron en tropel todas las horas felices que he pasado contigo, mi viejo amigo, mi Flechsig, y, melancólicamente exaltado, me dirigí hacia la Naturaleza y leí y releí diez veces tu carta, mientras pequeñas nubes doradas se disolvían en el éter puro. Hacia tu pecho, hacia tu corazón tendré que volcarme nuevamente. Amigo, ya no tengo amigo, ya no tengo amada —ya no tengo nada—, y aquí me debo callar. Nanni y Liddy, esas preciosas chiquillas nacidas de las utopías de la inocencia, no podrán jamás atravesar el umbral de la Escuela de los Dobles. Te hablo con jeroglíficos que ni a ti te sabría revelar, aun si conoces todos los recodos de mi corazón.

»Los sentimientos, querido amigo, son astros que nos guían sólo con el tiempo sereno, pero la razón es una aguja magnética que empuja al barco a destrozarse aún más lejos, sin necesidad de la luz, y armado con esa aguja, que sin embargo me abandona continuamente, yo quiero dirigir el timón hacia el anhelado Norte, aunque sea más helado que la geometría más pura.

[...]

»Sólo temo, mi Flechsig, que no leas lo suficiente a Jean Paul, y eso sería fatal para nuestra tragedia, si en verdad habremos de convertirnos en los nuevos Beaumont y Fletcher. Pero, adonde sea que nos conduzca el destino, tendré que decir eternamente que jamás he sido tan feliz como cuando te tuve por amigo.

Siempre tuyo, Schumann».

Los dos gobernadores de los nervios

Gente ambiciosa, estos Flechsig, le decían las Voces al Presidente, fluctuando entre las distintas estaciones astrales, dedicados a oficios que fomentan un contacto eventual con Dios: pastores protestantes o estudiosos del *logos* de los nervios; o sea, psiquiatras. Este era, pensó siempre el Presidente, el verdadero oficio de los tiempos nuevos, el único que permitía una relación privilegiada, de ser posible, con el cuerpo de Dios; ese era el oficio que habría querido para sí, pero la Ley lo retuvo, antes de que él la pusiera en ridículo. Sin embargo, no fue sólo la Ley, hubo también un complot: «Podemos imaginar que se formó una especie de conjura entre cierta persona [Daniel Fürchtegott Flechsig] y elementos de los reinos anteriores de Dios en perjuicio de la estirpe de los Schreber, por ejemplo con la intención de impedirles que tuvieran descendencia o, por lo menos, la elección de profesiones que, como la de médico de enfermedades nerviosas, podían llevar a relaciones más estrechas con Dios». Freud, el último eslabón del complot, con su ensayo dedicado a las *Memorias* de Schreber, efectuó sobre el Presidente el último maleficio, que ha surtido efecto hasta hoy, al querer encontrar la «privación» que *debía* de encontrarse en el origen de esa paranoia y la identificó con la falta de progenie, pero calló totalmente sobre el segundo motivo indicado por Schreber, es decir, la «privación» de la posibilidad de trabajar como «médico de las enfermedades nerviosas», para alcanzar así esas «relaciones más estrechas con Dios» que Freud conocía, bien, y negaba. Para ocultar este juego de manos, y a la vez para no herir el orgullo del Presidente, en este punto Freud sintió la necesidad de recurrir a una comparación fastuosa: «El gran Napoleón, si bien después de arduas luchas internas, se divorció de su Josefina porque ella no podía hacer continuar la dinastía». He aquí cómo un inopinado Napoleón viene a cubrir una omisión enorme: el oficio de «médico de las enfermedades nerviosas», en una acepción numinosa que más tarde sería propia de la nueva ciencia: el psicoanálisis, cuya práctica Schreber reivindicaba —y le fue negada personalmente por su fundador, a través de su rival, verdadero representante y sicario: Paul Emil Flechsig—. Y Freud, naturalmente, lo sabía, tanto que escribió a Jung, en un tono de cínica connivencia sacerdotal: «Deberían haberlo hecho [a Schreber] profesor de psiquiatría».

Por lo demás, la historia de las relaciones Freud-Schreber no empieza en el verano de 1910, cuando Freud leyó las *Memorias* del Presidente. Cualquiera que no sea esclavo de la historia lineal habrá de reconocer, en efecto, a Freud en uno de los personajes que aparecen fugazmente al inicio de las *Memorias*, donde se relatan acontecimientos de 1894: «Un psiquiatra vienés, cuyo nombre era casualmente idéntico al del antes citado padre benedictino [Starkiewicz], un judío converso y eslavófilo que quería eslavizar a Alemaniay a la vez instaurar en ella el dominio de los judíos, sirviéndose de mí; en su calidad de psiquiatra parecía ser —del mismo modo que el profesor Flechsig para Alemania, Inglaterra y Estados Unidos (es decir, para naciones sustancialmente germánicas)— una especie de administrador de los intereses de Dios para otra provincia de Dios (en particular las regiones eslavas de Austria), lo cual suscitó, durante un tiempo, una lucha por el predominio debida a la rivalidad entre él y el profesor Flechsig». Así, Schreber había visto, poco después de su ingreso en la clínica de Flechsig, que se preparaba un conflicto devastador entre los arcontes de la psique: por un lado, la sólida ciencia anatómica de Flechsig, resecador y palpador de nervios, último baluarte de Alemania, burlándose de la psicología que, «a pesar de todos sus esfuerzos, no ha logrado elevarse al rango de ciencia exacta» y, por el contrario, se ha «convertido en la arena de ocurrencias extravagantes de cualquier tipo» (*Gehirn und Seele,* Leipzig, 1896, p. 7); por el otro, la venenosa infiltración de la psique, judía y eslava *par excellence*, que venía a contaminar el extremo recinto, protestante y ario, de la pureza.

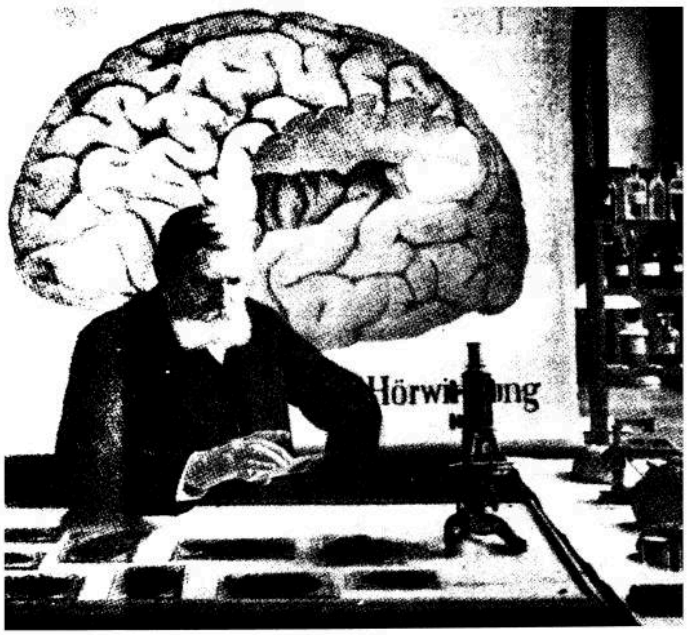
Pero detrás de las masacres *in effigie,* había también vínculos ocultos entre esos incompatibles «administradores de los intereses de Dios», y de esos vínculos dependió, por lo demás, su acuerdo en

perseguir al presidente Schreber. Cuando Freud era el joven médico judío, obstinado y ansioso, a quien su raza y el dinero le impedían el acceso a la universidad, cuando anhelaba ver su nombre pasar la prueba de ser citado y todo era silencio en torno a él, fue precisamente el gran Flechsig, en la reimpresión de su discurso del Rectorado de 1894, *Gehirn und Seele,* quien le concedió, en su rica nota 6, la unción de un Freud, referido a sus estudios, pertenecientes todavía al periodo de la Salpètrière, sobre las parálisis motoras orgánicas e histéricas y, en particular, a sus observaciones sobre la afasia táctil y acústica, si bien el efecto exaltante de esa referencia sería envenenado por el hecho de que en la misma página, veinticuatro líneas arriba, aparecía un "Freund", en este caso relacionado con la afasia óptica, el mismo C.S. Freund que había escrito un artículo sobre las parálisis psíquicas y que S. Freud había juzgado, por lo demás sin mucho fundamento, «casi un plagio» de sus propios estudios.

Y el mismo Freud ¿no había acaso comenzado su carrera científica con un trabajo sobre la médula espinal del *Petromyzon Planeri,* cuando sabía muy bien que en las divisiones astrales el hombre de la médula era Flechsig? Y, en efecto, le rendiría homenaje escribiendo que sus descubrimientos sobre la médula espinal habían «abierto una nueva era para nuestros conocimientos sobre la “localización de las enfermedades nerviosas"». («Charcot», 1893, en *Gesammelte Werke,* vol. I, p. 25). Pero Flechsig, a su vez, que quería sacar la potencia psíquica del nudo anatomico y vivía dominado por la máxima del protomédico pontificio del siglo XVI Constantino Varoli: *Spivitus animalis residet in substantia cerebri,* incluso durante su intervención en el Congreso de Psicología de Munich, la mañana del 5 de agosto de 1896, había sentido la necesidad de detenerse en su tema predilecto de las *neuronas centrales* (vinculadas a los Imperios Centrales), insinuando que quizá «trabajaban inconscientemente», lo cual habría demostrado que «había procesos psíquicos inconscientes de alta dignidad, que no están subordinados sino que están por encima de los procesos conscientes» («Ueber die Associations centren des menschlichen Gehirns, mit anatomischen Demonstrationen», en *Dritter Internationaler Congress für Psychologie in München,* Munich, 1897, p. 67).

Trama genealógica Schreber-Flechsig

Basta con mirar la memorable fotografía de Paul Emil Flechsig, que acompañaba los escritos publicados en su honor, para darse cuenta de la justificada violencia del deseo de Schreber: ser psiquiatra, cortador de nervios, sentarse como Flechsig, con una barba blanca bicorne, frente a una mesa rica en trofeos anatómicos, con un telón de fondo donde aparecen, majestuosamente engrandecidas, las laberínticas circunvoluciones del cerebro, y en particular del oído, donde se desencadenaban las Voces. Más aún, la cabeza de Flechsig está como aureolada por la masa cerebral y la fotografía se revela en seguida alegórica: el Profesor es el maligno Demiurgo-Mediador, pensativo y severo, la mano firmemente apoyada sobre el muslo, entre el cuerpo divino de puro nervio, presente fantasmalmente en el telón, y la mesa, donde los diversos y diminutos portaobjetos con tejidos nerviosos representan a la dispersa humanidad que, tan pronto muere, puede confiar en ser absorbida, gracias al Mediador, entre los nervios puros de Dios. El Bien de la humanidad se encuentra entre los dedos de Flechsig, que está precisamente observando un portaobjetos y sopésalas almas. Y casi se diría que Flechsig, tanta es la sosegada fuerza persecutoria que emana, *es de la estirpe de los Schreber*. No se trata sólo de esa afinidad que se observa con frecuencia entre viejos aristócratas. Hay una serie de esqueletos y de Dobles que se han quedado en el armario durante siglos, y ahora el Presidente, encerrado y torturado en la clínica de Flechsig, los quiere sacar a la luz. Consideremos los hechos y los nombres: son dos los antepasados de Paul Emil Flechsig que destacaron en el pasado, le dicen las Voces a Schreber: Abraham Fürchtegott y Daniel Fürchtegott. De este último, que probablemente era a la vez pastor protestante y psiquiatra —profesiones ambas que le admitían algunos contactos con Dios—, se dice que fue el primero en *«abusar* de la conjunción nerviosa —concedida a él con el fin de proporcionar inspiraciones divinas o por alguna otra razón— *para retener los rayos divinos*» y, por lo tanto, también «el primero que atentó contra el Orden del Mundo». A él habría de atribuírsele el crimen cometido durante el reinado de Federico II.



Página 24, renglón 15

Y ahora los nombres: a *Daniel Paul* Schreber corresponden *Daniel* Fürchtegott Flechsig y *Paul* Theodor (nombre oculto del Profesor) Flechsig, como Doble en sí mismo desdoblado. Y es un Doble no sólo de un individuo, sino de una cepa: si bien está dirigido a las dos caras divinas opuestas, es común a la estirpe de los Schreber y los Flechsig el elemento de la relación privilegiada con el Señor: por lo tanto, a los dos Abraham *Fürchtegott* [Teme a Dios] y Daniel *Fürchtegott* Flechsig les corresponden Daniel *Gottfried* [Paz en Dios] y Daniel *Gottlob* [Loa a Dios] Moritz Schreber: del árbol común de las *Sephiroth* los Flechsig y los Schreber sacuden las frondas gemelas de *Chessed,* la Misericordia, y *Gebura,* el Rigor. De cualquier modo, no es sólo la geometría inmediata de los nombres lo que hace percibir la perfecta correspondencia, en una estructura especular de Dobles, entre los Flechsig y los Schreber. Todas las revelaciones que recibe sucesivamente el Presidente las ha tenido también el Profesor y desesperadamente el Presidente le pedirá al Profesor que las confirme frente al mundo. Si el Presidente se ve a sí mismo como suicida o ya muerto o considerado por todos loco o próximo a convertirse en el nuevo polo divino, paralelamente aparecerán Flechsig como suicida, su funeral y su esposa, que lo considera loco porque lo oye definirse «Dios Flechsig»; el daño particular que el Profesor quería hacerle al Presidente, es decir, reducirlo a un miserable residuo demente, finalmente se lo hará el Presidente al Profesor.

Pero el nexo último e inescindible está en el secreto de la acción más tremenda que, en hermandad de odio, cumplieron las castas de los Flechsig y los Schreber. Acción eminentemente bicéfala. ¿Y cómo habría podido ser diferente? Toda la duplicidad humana que se desencadena en la novela de estas dos familias es, ante todo, el lábil reflejo de una atroz duplicidad divina, que administra secretamente la historia desde el inicio de los tiempos. Por más que el lenguaje común insista en afirmar que el Orden del Mundo está regido por Dios, o por sí mismo, el Presidente constató que dos dioses, Ormuz y Arimán, mueven su rueda y habitan en un cielo ya desdoblado en dos reinos, el anterior y el posterior; este último está desdoblado a su vez en el reino de un dios *superior* (Ormuz) y en el de un dios *inferior* (Arimán), y estos dos dioses son de carácter opuesto. Se podía pensar realmente que el reino del Uno y del Cadáver jamás había conocido la unidad, si bien había difundido el terror en su nombre: *Ego sum qui sumus,* al infinito.

Asesinato del alma y D.F. Flechsig

Una oscura categoría, un haz muscular de carne arcaica se encuentra al centro de toda la historia de Schreber: *el asesinato del alma.* Desde un punto de vista puramente técnico, tal asesinato es «adueñarse de algún modo del alma de otra persona para procurarse a expensas del alma referida o una vida más larga o bien cualquier otra ventaja después de la muerte». Los etnólogos han llenado muchos pliegos con este asunto, nos recuerda el Presidente, y también los críticos literarios: ¿no es acaso el tema del *Fausto* de Goethe, del *Manfred* de Byron, del *Freischütz* de Weber? ¡Y cuántos asesinatos había olfateado Artaud en los callejones del Sixiéme!

Ahora, si el asesinato del alma es un antiguo pensamiento de la humanidad y quizá un antiguo crimen, porque «es poco verosímil que tales representaciones hayan surgido uniformemente entre tantos pueblos sin ningún trasfondo real» (el problema que se plantea Schreber es absolutamente idéntico al que angustiará a Freud en relación con la realidad histórica del asesinato del Padre Primitivo)—, hubo sin embargo uno en particular, en tiempos recientes, que desencadenó una crisis en los reinos de Dios, que alteró incluso el Orden del Mundo. Las Voces acusan de ello a Flechsig, luego al mismo Schreber; de cualquier modo, coinciden en insinuar que «alguna vez, quizá en generaciones anteriores», debió de haber «tenido lugar un acontecimiento, que podría definirse como asesinato del alma, entre las familias Flechsig y Schreber». Pero, curiosamente, en ningún punto de las *Memorias* se especifica en perjuicio de quién se cometió el acto fatal, mientras que sí sabemos que el autor debió de ser Daniel Fürchtegott Flechsig, «el primero que atentó contra el Orden del Mundo». Ahora bien, dentro de ese Orden abandonado a la necesidad y a sus continuas devastaciones, con un Dios lejano que, *«con base en el Orden del Mundo, no conocía propiamente al hombre viviente* y ni siquiera tenía necesidad de conocerlo, sino que tenía relaciones, conforme al Orden del Mundo, sólo con cadáveres», salvo en alguna correría dictada por mezquinos fines prácticos o por una misteriosa atracción por el ser vivo, sobre todo si era nervioso, movido por una agitación que para Dios es voluptuosidad —pero no se debe saber—, ¿qué delito podía sacudir para siempre el equilibrio, a no ser el delito irrepetible, el asesinato de Dios?

Ya se ha dicho que corrían los tiempos de Federico II y Daniel Fürchtegott Flechsig, científico sobrio, teólogo empírico, tocaba los nervios todo el día, de noche tenía visiones que se sentía impulsado a estudiar, «ya sea por esa sed de conocimiento propia de todos los hombres, o bien por un interés científico que sobre el asunto entonces... él alimentaba». Y ciertamente fue ese «interés científico» el que le sugirió tratar de *dominar* sus visiones, produciéndolas a voluntad —comportamiento singularmente análogo al de Sigmund Freud, que profana el Aqueronte analizando sus propios sueños como material de base de la *Traumdeutung* y, por ello, de una *ciencia* entera: el psicoanálisis—. Y ese mismo «interés científico» le aconsejó no abandonar ese contacto anormal que se manifestaba en el curso de sus visiones —se trataba del contacto con Dios, descubrió con el tiempo—, sino prolongarlo lo más posible.

Con este gesto dio inicio la agonía de Dios, atrapado por la angustia mortal del placer, mientras todas sus identidades se desbarataban en vastos deslaves. Antes de Daniel Fürchtegott nadie lo había obligado a soportar al hombre por mucho tiempo —quizá porque la ficción del alma servía precisamente para volver inaprensible la sustancia divina diseminada por el mundo, quizá también porque nadie le había aplicado rigurosamente, hasta entonces, los criterios de laboratorio—, nadie había osado tratarlo como *«objeto de experimentos científicos»*, tal como Schreber le reprochó a Flechsig haberlo tratado y como se reprochará Freud, en sueños, haberse tratado él mismo al realizar el análisis de sus propios sueños.

Estados de ánimo elevados. Me parece que, por lo general, la mayoría de los hombres no cree en estados de ánimo elevados,

de no ser por momentos, a lo sumo por cuartos de hora: hacen excepción aquellos pocos que conocen por experiencia una larga duración del sentimiento elevado. Pero ser justo el hombre de *un solo* sentimiento elevado, la encarnación de un único gran estado de ánimo, esto ha sido hasta hoy sólo un sueño y una seductora posibilidad: la historia no nos ha dado aún ningún ejemplo confiable. No obstante, algún día podría generar ese tipo de hombres, cuando se haya creado y establecido una serie de condiciones previas favorables, que hasta hoy no ha logrado reunir ni el más feliz de los azares. Quizá para estas almas futuras el estado normal sería precisamente aquel que hasta ahora sólo a veces se ha apoderado de nuestras almas como una excepción estremecedora: un movimiento continuo entre lo alto y lo bajo y el sentimiento de lo alto y lo bajo, un constante subir como por escaleras y a la vez abandonarse en las nubes.

Nietzsche, *La gaya ciencia,* § 288.

Videntes miopes

¡Videntes miopes, poetas crédulos! ¡Con qué poco os contentabais! Con vosotros el engaño divino estaba siempre seguro de encontrar fieles servidores. Parecíais mensajeros balbucientes, elegidos para una sola ocasión y luego devueltos a la bien conocida sordera humana, temerosos y ya humillantemente agradecidos por haber tenido ese rápido contacto. Dios no se dejaba impresionar por la sensibilidad, pero la levita de la ciencia lo sedujo como a una cortesana; estúpidamente encantado miraba ese movimiento en el vacío donde es preciso no detenerse, que parece una ceremonia abstracta —pero que esconde una rapacidad, un vampirismo de la sustancia divina (los *nervios* que de repente se convierten en el *lugar* de la enfermedad y que por ello eran al final zarandeados como nunca se había logrado hacerlo con el alma inconsistente, que sólo había ofrecido el fútil espejismo de la glándula pineal, y no una *red*, la túnica de Neso del cuerpo, donde se podría aprisionar para siempre la potencia llamada eufemísticamente psíquica)— como Dios no había aún encontrado en los vestíbulos eretísticos de su Corte.

Para liberarse de Dios

Para liberarse de Dios no basta con matarlo. Aunque el gesto sea fulmíneo, la agonía se extiende por años y años, porque Dios tiene una relación caprichosa con el tiempo. Y luego, en el cuadrilátero de espejos del asesino —¿D.F. Flechsig? ¿P.E. Flechsig? ¿D.G.M. Schreber? ¿D.P. Schreber?—, se dieron cuenta en seguida de que los rayos divinos, aun después de haber sido despojado Dios de su funda cadavérica, exigían otra. Matar signiñca sólo un desplazamiento de energías. Y Dios es siempre el mejor modo de deshacerse de Dios, insinuaban algunos. Pero ahora ¿en dónde podrían proyectarse los haces de luz? Muertos D.F. Flechsig y D.G.M. Schreber y destinado a funciones demiúrgicas P.E. Flechsig, ¿quién quedaba de íntegra sustancia para acoger el globo cegador, la maraña nérvea perdida en el espacio? «Sí, lo sé bien, me corresponderá a mí», dijo el Presidente en voz baja: durante días fue hurgado en todas sus fibras. Mil veces sus órganos fueron destruidos y recompuestos. Se convirtió en el nuevo polo divino.

Jean Paul, Hegel y Christiane

En la mortecina luz del interregno, subía la colina del camposanto, frente ajena, el escritor Jean Paul. Vagabundo fastuoso, siempre ávido de degradarse, estaba cubierto por un desentonado conjunto de harapos, de los cuales asomaban puntas de pañuelos de colores. Todo lo que llevaba estaba desteñido, ¡pero en cuántas gradaciones distintas de colores! —y algunos colores habían pertenecido a flameantes plantas brasileñas—. Avanzaba con pasos pequeños, cómico y solemne con su exótico atavío provincial.

Los muertos se habían reunido en la iglesia del camposanto y una grisácea cortina de niebla envolvía la colina. Jean Paul saludó con un gesto a algunos de los presentes, se sentó en una banca y empezó a hablar con voz clara y discreta: «Aunque me duela hablar como quien ya ha visto, yo que sólo he hojeado papeles para robar palabras, que no he querido saber nada preciso si no es para mezclarlo con lo impreciso, os tendré que decir que por una vez un viento impetuoso me ha levantado de mi asiento de escribano. Apenas había saludado a mi Nenette cuando ya navegaba por los mundos, ascendía los Soles y volaba con las Vías Lácteas por los desiertos del cielo. Pero Dios no está. Descendí hasta donde el ser proyecta sus sombras, miré en el abismo y llamé: "Padre, ¿dónde estás?". Pero sólo se oía la tempestad eterna, que nadie gobierna, y el centelleante arco iris de los seres (erais vosotros, en lontananza) estaba suspendido en el abismo, sin un sol que lo hubiera formado, y goteaba. Y como yo levanté la mirada del mundo inconmensurable hacia el *ojo* divino, me miró una *órbita* vacía, sin fondo; y la eternidad yacía en el caos, y lo mordisqueaba y lo masticaba. ¡Gritad, sonidos discordes, disipad las sombras! ¡Porque Él no es!». Las innumerables puntas de mercurio de los muertos ondearon y respondieron: «Ah, si cada Yo es su propio padre y creador, ¿por qué no puede ser también su propio Ángel Exterminador?». Pero una voz interrumpió, desde el fondo de la iglesia, el silbido de los muertos: «¡Basta de estos remilgos nostálgicos!». Era el preceptor Hegel, viejo conocido de Jean Paul, que había sido apenas contratado como *déniaiseur* de la familia Abendland. En cuanto Hegel habló, los muertos callaron y se pusieron a escuchar con interés. Hegel se había levantado, había dado algunos pasos entre los escaños, se había aclarado la voz y finalmente había empezado a hablar, lacónico: «Aún tengo en los ojos lo que vi hace poco desde las ventanas del comisario Hellfeld: los soldados franceses incendiando el mercado, los puestos de los carniceros, las chucherías de los traperos. En fin, la fétida vida familiar de la Alemania que arde. Y esta tarde vi al Alma del Mundo salir de la ciudad a caballo en una vuelta de reconocimiento. La simultaneidad de estos actos gloriosos y del Viernes Santo especulativo que nosotros celebramos aquí, se debe sin duda a la voluntad de la fría y eterna necesidad, de la demente casualidad que nos impulsa al escarnio del desmesurado cadáver de la naturaleza. Creedme, ya no es tiempo de darle la palabra a los sentimientos, a los excesos del corazón, sino a la límpida construcción de la filosofía negativa. Recordad, pues, que el concepto puro, es decir, la infinitud, en tanto abismo de la nada donde se hunde todo el ser, tendrá que designar el dolor infinito, que ya había tenido existencia histórica sólo en la cultura, como ese sentimiento en cuya base se funda la religión de los tiempos nuevos —el sentimiento, precisamente, de que Dios mismo está muerto (eso que había sido expresado, aunque sólo fuera empíricamente, en las palabras de Pascal: *La nature est telle qu'elle marque partout un Dieu perdu et dans l'homme et hors de l'homme)—;* tendrá pues que designar ese dolor infinito», tosió ligeramente, «sólo como momento, y nada más que momento, de la idea suprema; y así también tendrá que dar una existencia filosófica a lo que podía ser la prescripción de un sacrificio del ser empírico o el concepto de la abstracción formal, y por ende dar a la filosofía la idea de la libertad absoluta y a la vez del sufrimiento absoluto, o sea del Viernes Santo especulativo —que al principio era sólo histórico—, reconstituyéndolo en toda la verdad y la dureza de su impía ausencia de Dios: porque sólo de esta dureza (en la medida en que es el elemento más sereno, más leve y más singular de las filosofías dogmáticas, y también de las religiones naturales tendrá

que desaparecer) podrá y tendrá que resurgir la totalidad suprema en su gravedad plena y de su más hondo fundamento, a la vez omnienvolvente y con la serenísima libertad de su forma».

Un murmullo sordo de asentimiento siguió a estas palabras. Parecía que la sesión había concluido—, los muertos se preparaban para retomar su camino cuando Jean Paul, mientras se alejaba, se acercó un poco torpemente a Hegely le dijo, con su mueca dulzona: «¿Es esto lo que querías, nuestro supremo basilisco? Mira cómo se alejan, quietos... Aquí he encontrado a una persona que tú no ves desde hace mucho tiempo: tu hermana Christiane». Se acercó entonces una figura noble, envuelta en harapos colgantes, anudados unos con otros como siguiendo un diseño del que no se reconocía la forma. Era extraordinariamente parecida a Hegel en el perfil y en la expresión fría de los ojos, aunque más lejana. «Perdóname, hermano, si me ves vestida con tan poco decoro, pero debes saber que también allá, donde las aguas del Nagold son más profundas, los Imanes y las Máquinas Eléctricas me vuelven a encontrar y arremeten en mi contra. Pensé entonces en cubrirme con estos adornos, un amigo me explicó que son la vaina de los seres, colonias de espíritus, el Imán se distrae entre los pliegues, se enreda en los nudos, y así logré escurrirme hasta acá antes de regresar a las aguas». Hegel la miraba sin escucharla, luego acercó su cabeza a la de Christiane, le rozó la nuca con una mano y Jean Paul lo vio sacudido por un único y desgarrador sollozo. Un grupo de muertos se había rezagado, parecía como si quisieran informaciones y no osaran solicitarlas. Uno se adelantó: «Ilustre profesor, ¿usted nos asegura realmente que todo será —es, cómo decirlo— reabsorbido? Sabe, hasta hoy nosotros hemos vivido mucho tiempo entre las inmundicias». Hegel se había separado de Christiane, miraba fijamente a su interlocutor, casi con desprecio, como a un postulante. Recalcó: «Cada individuo es un miembro ciego en la cadena de la necesidad absoluta con que se desarrolla el mundo. Cada individuo puede alcanzar el dominio de una parte más larga de esta cadena sólo en el caso de que reconozca en qué dirección se mueve la gran necesidad y, de este conocimiento, aprenda a pronunciar la palabra mágica que provoca el nacimiento de su figura. Este conocimiento, que absorbe en sí mismo la energía entera del dolor y de la oposición, que durante dos milenios ha gobernado el mundo y todos los aspectos de su formación y a la vez eleva por encima de esa energía, sólo lo puede ofrecer *la filosofía,* entendiendo por ésta la operación inagotable y omnicorrosiva de la negación. Y ahora id, y recordad: no escribí una *Logik,* sino una *Wissenschaft der Logik.»*

Emasculación y asesinato del alma

Qué es exactamente el asesinato del alma, y cómo se configura si se aplica a Dios o si se aplica a un hombre cuya alma sea asesinada directamente por Dios, no se puede entender si no es en referencia a una gran ley cósmica: la ley de la emasculación. Esta obedece a una «tendencia, inherente... al Orden del Mundo, por la que en ciertas circunstancias se llega necesariamente a una "emasculación" (transformación en mujer) de un hombre ("visionario de espíritus"), el cual haya llegado a una relación tal con los nervios divinos (rayos), que ya no es posible eliminar». Sería de esperarse, entonces, que Daniel Fürchtegott Flechsig, aquel que había abusado del contacto divino para volverlo ininterrumpido, sea el que sufra la emasculación: en cambio no será él, ni su descendiente, el profesor Paul Emil Flechsig, quien padecerá las consecuencias del acto monstruoso, sino su Doble, que en este aspecto se revela definitivamente como tal: el presidente Schreber. Al antecedente celeste del enredo ilícito de Daniel Fürchtegott Flechsig entre las lianas divinas sigue el drama demencial del Presidente, que carga la pena de ese asesinato —¿sexual, estupro de Dios? que laceró para siempre el Orden del Mundo. Pero la necesidad, superior a los Nombres divinos, prevé también este tipo de emergencias cósmicas; más aún, éstas miden los ciclos. Cada vez que el Orden del Mundo se infringe, en correspondencia con un exceso de nerviosismo— voluptuosidad entre los hombres, es necesario que un solo ser humano sobreviva, que sea transformado en mujer y que de él nazca la nueva humanidad. Ése fue, por ejemplo, el destino del Judio Errante; ése es el destino que se le tiene reservado al presidente Schreber. La emasculación es entonces doble en sí misma: por un lado, como pena emanada dentro de un Orden del Mundo regido por el Dios único y por consiguiente masculino, es un ultraje que equivale a abandonar («dejar echado») a un hombre como prostituta en la impureza y la ignominia, puro objeto pasivo de abusos sexuales, para compensar el delito más grande, el *de Acteón* que sorprende a la divinidad mientras se está bañando; por el otro, es el único medio que el mundo desestabilizado tiene para regenerarse y como tal es, en consecuencia, supremo don divino. Así, la voluptuosidad, contraria en esencia al Orden del Mundo, podrá hasta cierto punto revelarse «timorata de Dios».

Toda la historia del Presidente en las diferentes instituciones de salud narra, sobre todo, el paso deslumbrante de una faz a la otra de este portentoso acontecimiento, en el marco de un Orden del Mundo quebrantado luego del asesinato de Dios, y conforme éste procede se cumplirá también la cruel revelación de los secretos divinos, en particular de la historia sexual de Dios. Mientras tanto, para acceder a sus vestíbulos debemos atravesar rápidamente los *boudoirs* contemporáneos del Presidente.

Los *boudoirs* de fin de siglo

El siglo trataba ya por cualquier medio de hacer *cascader la vertu,* como lo había inspirado Offenbach, pero con más desenfreno aún. Por doquier se habían propagado las exhalaciones deletéreas de la Caja de Pandora; el mundo nunca había sido tan *nervös.* Pero, al fin y al cabo, se trataba de adulterios, perversiones en habitaciones de hoteles, a lo sumo en los departamentos de la cadena Des Esseintes, tan cómicos justamente por ser tan obviamente antiestéticos. De cualquier modo, lo que permanecía estable era el varón; baste con pensar en la *pruderie* sexual de Nietzsche, el único que nunca había sabido qué era la *pruderie* en el pensamiento. Y sin embargo, salvo en ese feliz momento rodeado de dátiles y esfinges, entre Dudu y Suleika, finalmente «africano, solemnemente africano», en los últimos años Nietzsche había abandonado sus visiones proféticas de los párrafos 60, 66, 67, 71, 339 de *La gaya ciencia* para insistir tenazmente en la condena del afeminamiento, ya laxo, de los varones de la *décadence*: no había osado confesar lo que seguramente le dijo en secreto a Dudu y a Suleika: que ni aun esa molicie había sido nunca suficiente, no había bastado para disolver la muy vulgar categoría, como cualquier trastornado residuo arcaico, del *verdadero hombre*, el que sabe siempre lo que quiere, en la Bolsa, en las termas y en el burdel, hasta en el pánico posesivo de la naturaleza (pero las Náyades los rehuían, salvo en las fuentes o en los Salons, mientras Perichole susurraba a don Andrés: *«Mon Dieu! que les hommes sont bétes*»), en la higiene viril, en el gusto por la antigüedad fuerte, donde cada vez se descubría que, en el fondo, siempre había una fascinación por un cierto horrendo moralismo estoico del mundo clásico. En este punto llegó el presidente Schreber, profesional intachable, de sólida ética prusiana, de poderosa ascendencia consagrada a la virtud, casta de perseguidores en nombre de la virtud, y descubrió un día que podía ser mujer: *mujer jodida.* Era el verdadero despertar de los tiempos nuevos, de una nueva confusión que aún no ha alcanzado su apogeo deseable, y que incluso, a fuerza de ir demasiado lejos, *piétine sur place,* debido al habitual sentimiento de miedo que Schreber pudo superar fácilmente con el salvoconducto de la locura.

El Gran Castrador

De la locura de Schreber era elemento esencial, según Freud, la amenaza de castración por parte de su padre y, en consecuencia, por parte de su representante, el profesor Flechsig; de hecho, «la más temida amenaza paterna, la de la castración, proveyó incluso el material a la fantasía del deseo —al principio combatida y al final aceptada— de transformarse en mujer».

¡Qué admirable acuerdo entre las autónomas leyes del acontecer psíquico y la realidad de la letra, si pensamos que, para condensar sus angustias, Schreber se encontró en su vida, *of all people*, precisamente a Flechsig! ¿Quién mejor que él habría podido ayudarlo, quién mejor que ese ilustre médico que, lleno de celo experimental, había iniciado con éxito la práctica de la castración en la terapia de las psicosis? Si bien se puede suponer que lo sabía, Freud no habló de esto por estar demasiado ocupado en delinear una teoría de la proyección; siempre tan difícil y delicada, de hecho la dejó trunca y, sin embargo, al menos en sus primeros estadios, siempre hay que suponer que la proyección se opera sobre una entidad amorfa carente de cualidades, en puras condiciones de laboratorio, pues de otra forma el enredo es infinito y la psique se mezcla con las aguas superiores e inferiores: por eso evitó a Flechsig, que era una *proyección viviente,* más fuerte que cualquier mera realidad fáctica, más fuerte que cualquier mera realidad psíquica, el horrendo híbrido, esa verdad del delirio que Freud había presagiado pero no confesado porque se había consagrado al delirio de la verdad («Le toca decidir al futuro si en mi teoría hay más delirio de lo que yo quisiera, o si en el delirio hay más verdad de cuanto hoy otros están dispuestos a creer»).

Cerca de diez años antes del ingreso de Schreber en la clínica psiquiátrica universitaria de Leipzig, Flechsig había introducido allí un nuevo método ginecológico para la terapia de las psicosis y la histeria, que expuso en un comunicado de 1884,: «Zur gynaekologischen Behandlung der Hysterie», publicado en el *Neurologisches Gentralblatt,* III, núms. 19 y 20, pp. 443-439 y 457-468. El primer caso que trató fue el de una tal A.L., de treinta y dos años, soltera, que sufría de menstruaciones irregulares, fuertes ataques de calambre, «anomalías psíquicas» diversas, que se manifestaban sobre todo en un comportamiento «de evidente ternura hacia sus parientes de sexo masculino, aunque sin transgredir los límites de la decencia» *(ibid.,* p. 434), luego en acusaciones injustificadas hacia los médicos, que supuestamente habían tratado de cometer obscenidades con ella, y finalmente en alucinaciones y estados depresivos: «Ve bestias salvajes rodeándola, hombres con cuchillos que la atacan, oye caídas fragorosas de agua, habla de un "león" que estaría frente a su puerta y la protegería» *(loc. cit.)*. Después de un ulterior empeoramiento de sus condiciones generales, se internó a la paciente en la clínica de Flechsig el 3 de abril de 1883. Durante algunos meses las manifestaciones morbosas no mostraban visos de desaparecer: Flechsig realizó varios chequeos del estado físico de la mujer, sin resultados importantes. En el transcurso de una consulta ginecológica observaba que «el examen al tacto de los *órganos sexuales* (virginales) permite identificar un robusto cordón cicatrizado en la región del *ligamentum latum* izquierdo; el ovario izquierdo aparece desviado hacia abajo y el útero hacia la izquierda; por lo demás, ni útero ni ovarios presentan particularidades palpables» *(ibid.,* p. 436). Después de constatar en la paciente una parametritis crónica y de someterla a las terapias más actualizadas contra la histeria (curaciones con agua fría, baños tibios prolongados, morfina, etc.), y luego de una larga reflexión sobre su desarrollo patológico, a Flechsig le pareció «justificado creer que mediante una extirpación de los ovarios las exacerbaciones premenstruales de los dolores se podrían eliminar... Si la afección sexual no se eliminaba, se podía suponer que la enferma caería víctima de un deterioro incurable que le haría imposibles los goces de la vida. Con base en estas consideraciones se procedió a la castración *(Castration)* el 10 de julio» *(ibid.,* p. 437).

La operación tuvo éxito y durante algunos días la paciente se comportó de una manera totalmente

normal. Sucesivamente reaparecieron las bien conocidas manifestaciones morbosas, que duraron mucho tiempo y alcanzaron su apogeo el 6 de diciembre, cuando —debido a la incontenible violencia de la paciente— se la tuvo que encerrar en una celda de aislamiento, «completamente desnuda y provista únicamente de mantas que no se podían desgarrar» (ibid., p. 439). Pero como a partir del día posterior la paciente se mostraba totalmente calmada, Flechsig creyó que la podía dar de alta a fines de diciembre de 1883. En los meses sucesivos, al reportar sus condiciones, la paciente tuvo la ocasión de declarar que se sentía «vuelta a nacer» *(loc. cit.),* al tiempo que, por otro lado, los síntomas histéricos habían desaparecido completamente.

Alentado por el éxito de la intervención quirúrgica de este primer caso, el profesor Flechsig siguió una línea terapéutica análoga en dos casos sucesivos que se le presentaron en el transcurso de ese año: se trataba de M.K., de cuarenta y tres años, y de T.F., de dieciocho. El caso de M.K. fue el más difícil, debido al carácter iracundo de la paciente, que no renunció, si bien su estado psíquico estaba mejorando, a acusar a los médicos de haber arruinado su belleza con una larga cicatriz en zig-zag que, de hecho, le atravesaba el vientre después de la operación, por otra parte más compleja que la anterior, pues se le habían extirpado los ovarios y el útero. La última paciente, la joven T.F., además de ataques de vómito, fuertes dolores lumbares, retención de orina y dismenorrea, manifestaba principalmente, desde el punto de vista psíquico, «una expresión del rostro de algún modo erótica» *(ibid.,* p. 466) y, después de su internamiento en la clínica, solía hablar «cínicamente de cosas sexuales, en compañía de señoras» *(loc. cit.).* Además se masturbaba.

El 17 de noviembre se procedió a una intervención con «extirpación de fragmentos de la pared cervical en forma de cuña» *(loc. cit.).* El *2,3* de enero se daba de alta a la paciente completamente curada, con «aspecto floreciente y un aumento de peso de cuatro kilos» *(loc. cit.).*

Al final de su artículo, al hacer un balance de los resultados de estos tres significativos casos, Flechsig observaba con cierto pesar: «Las actas del último congreso médico, en la sección ginecológica, demuestran ampliamente que hasta ahora las opiniones sobre el valor de la *castración* como medio terapéutico contra neurosis y psicosis varían aún en grado importante entre los ginecólogos, mientras que por parte de los psiquiatras, al parecer, hasta ahora ese problema no ha sido siquiera objeto de discusión» *(ibid.,* p. 467). En este punto Flechsig sentía la necesidad de aclarar algunas características de su terapia: sobre todo el hecho de que ésta había demostrado tener «efectos psíquicos *sólo* favorables» *(loc. cit.),* en segundo lugar, la conveniencia de continuar los cuidados después de la operación, dada la maligna reincidencia de la psicosis. Los tres casos presentados mostraban, sin embargo, que dentro de un periodo curiosamente coincidente de unas veinte semanas sanaban por completo. Luego de hacer un llamado a la necesidad de una estrecha colaboración, al más alto nivel, entre ginecólogos, neuropatólogos y psiquiatras, Flechsig concluía su artículo de la siguiente manera: «En lo que se refiere a la psicosis en particular, por el momento no es posible indicar aún si hay ciertos conjuntos típicos de síntomas que se presten a la terapia quirúrgica. En los casos aquí presentados, cuya evolución ha sido positiva, se trataba de estados melancólicos, maniáticos, levemente paranoicos, así como de grados ligeros de debilitación, y por lo tanto de estados que son por sí mismos susceptibles de curarse fácilmente. Obviamente sería de extrema importancia si se pudiera, mediante la castración, detener también la degeneración psíquica progresiva de las histéricas más graves. Que en esto no se puede generalizar es del todo evidente. Yo estoy convencido de que algunos aspectos de estos casos se vinculan seguramente con enfermedades de los órganos sexuales, si bien en las formas más variadas, de manera que, también en relación con una cierta categoría de estos casos, la utilidad de una intervención quirúrgica merece ser sometida a un examen *empírico,* el único que aquí se puede considerar decisivo» *(ibid.,* p. 468).

Máquina teológica puesta en movimiento por el Presidente

Que la esencia de Dios fuera masculina ningún hombre de bien lo había dudado, ni en la larga ascendencia Schreber-Flechsig ni, en general, entre los austeros guardianes de la Casa de Occidente. (Pero muchos de sus prisioneros, de sus espías, de sus ladrones desollados habían susurrado horribles malicias sobre ciertas personas divinas: ¡no faltaba quien las había visto en un burdel de Tiro!). El Presidente, meticuloso y legalista, quería que fuera masculino también en el aspecto, y así argumentaba: «Además, desde este punto de vista, las palabras de la Biblia: Él creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios Él lo creó", aparecen bajo una luz totalmente nueva. Al parecer es lícito atribuir a estas palabras de la Biblia un cierto significado *literal* que hasta ahora los hombres no habían osado darles»; y mantenía además la distinción sexual hasta en las últimas divisiones celestes, por ejemplo en las beatitudes: «La beatitud masculina se encontraba a un nivel más elevado que la beatitud femenina, la cual parece consistir esencialmente en un sentimiento ininterrumpido de voluptuosidad». El sexo era entonces la hoja del cuchillo que hendía el todo, de extremo a extremo.

Así, cuando una mañana Schreber sintió en su cama cómo «debía de ser realmente hermoso ser una mujer que sucumbe a la cópula», una ciega máquina teológica se puso en movimiento, y su movimiento terminó por desarticular progresivamente no sólo al mismo Schreber, sino al Orden del Mundo y al profesor Flechsig: el viraje que desde ese instante se le aplicó a la «admirable estructura» de las cosas era irreversible, si bien su dirección era oscura. Sólo gradualmente, en el *adyton,* detrás de las siete puertas atrancadas de los Institutos de los Nervios de Dios, de donde continuamente subían al cielo los humos de los nervios quemados, se iba a aclarar que se trataba de la revelación de la esencia femenina de la divinidad en el cuerpo de un hombre que hasta ahora la había perseguido y asesinado —y ahora era a su vez perseguido y asesinado lentamente por ella—. Y entre uno y otro de estos asesinatos había un dilatado espasmo de placer intercambiado entre asesinos y víctimas. Todas las suposiciones de homosexualidad latente, de desilusiones en la carrera, de sufrimientos por la negada progenie se revelan fatuas frente a la majestad del conflicto que se manifiesta en esa escena.

Discurso del rectorado por P.E. Flechsig

El día 31 de octubre de 1894, en la iglesia de la Universidad de Leipzig, el profesor Flechsig dio su discurso de toma de posesión del rectorado, con el título «Cerebro y alma». En los primeros meses de ese mismo año Flechsig había tenido la ocasión de tratar los nervios del presidente Schreber en su clínica psiquiátrica, antes de alejarlo rápidamente a la Cocina del Diablo del doctor Pierson, en Coswig. La experiencia ya se había consumado, sólo restaba anunciar al mundo el secreto de las neuronas centrales y de las redes asociativas, además de hacer vislumbrar una higiene del cerebro que dejaría bien lejos, detrás de sí y sólo como tímidos intentos, todos los medios para disciplinar los impulsos utilizados en el pasado y, finalmente, daría una sólida base científica a esa nueva acción política que el mundo anhelaba. El profesor Flechsig se inclinó rígidamente hacia el público y empezó a hablar:

«Excelentísima asamblea:

»Las costumbres de nuestra universidad comprometen al rector a asumir el cargo que le han conferido, con una confianza que lo honra, sus colegas, pronunciando un discurso que trate un tema de su disciplina, así que yo seguiré la tradición tratando de atraer vuestra atención, en este venerable lugar, hacia uno de los problemas fundamentales de nuestros estudios, precisamente hacia el problema del *significado del cerebro en relación con los fenómenos psíquicos.*

»Si nosotros, de lo alto del observatorio del conocimiento más avanzado, echamos un vistazo a los caminos que hasta ahora han recorrido las dos ciencias, la de la filosofía y la de la medicina, no podremos sino llegar a la conclusión de que *la medicina en todos los tiempos pasados ha estado más cerca* de la meta hoy alcanzada, y no por tener los médicos un *pensamiento* más agudo —¿quién osaría afirmarlo frente a un Aristóteles o un Descartes?—, sino exclusivamente porque el peculiar objeto de investigación del médico, es decir, el individuo *humano* en su estado sano y *enfermo,* en la vida y *en la muerte,* puede brindarnos verdaderas *intuiciones* sobre el "alma" conformes a la naturaleza.

»Así, la medicina, por medio de sus más destacados representantes, concibe hoy la conciencia como *fenómeno concomitante* de procesos biofísicos, por lo que la psicología médica hoy no puede ser más que una sección de la teoría de las funciones cerebrales. ¿Qué partes del cerebro están en actividad cuando nosotros pensamos o sentimos? ¿Qué procesos físicos y químicos intervienen? Éstos son los problemas que el médico se plantea. Cierto es que lo que hasta hoy hemos alcanzado no es de ninguna manera conclusivo: por el momento conocemos *sólo los productos de descomposición* de la sustancia psíquica; por lo tanto, los límites imaginables del conocimiento natural, en este campo, para nosotros están aún envueltos en la niebla.

»Apesar de la observación de Cuvier, según el cual la teoría de una sede única del alma siempre ha sido considerada por las mentes más preclaras una hipótesis bastante superficial, subsiste el hecho de que sólo a partir de Gall los anatomistas han cesado de buscar en el cerebro un punto en el cual confluyan los nervios sensores y motores que, en virtud de consideraciones puramente anatómicas, se legitimaría como sede del alma unitaria.

»Ahora bien, la diferenciación de órganos particulares del pensamiento adquiere un interés tanto mayor en cuanto yo estoy tratando precisamente de demostrar que *no* hay uno solo de estos órganos, como hasta hoy en general se había supuesto, sino que *no son menos de tres* o, para ser más preciso, puesto que lo que yo he definido como medio quizá sólo tenga una importancia local, *por lo menos dos* —y precisamente las partes superior e inferior del cerebro, contrapuestas—. Y bien, aunque la anatomía del cerebro aparece generalmente al profano como algo extraño y ni siquiera digno de consideración, es necesario decir claramente que aquél no imagina siquiera que es justo en ella donde está la clave para toda comprensión de las leyes naturales que rigen la actividad del espíritu. De hecho, en la estructura del cerebro se refleja,

nítida y claramente, una gran parte de sus funciones. La anatomía nos muestra, sin ninguna sombra de duda, la división entre Telencéfalo, responsable de los procesos espirituales, y Cerebelo, del cual dependen los instintos básicos, es decir, en primera instancia, procesos físico-químicos que inicialmente carecen de cualquier carácter psíquico y lo adquieren sólo cuando emergen a la conciencia como *sentimientos.*

»De tal forma, se podrá constatar que el cuerpo está *doblemente* representado en el cerebro, una vez en sus partes bajas, primeros puntos de articulación dotados de actividad automático-refleja para los instintos corpóreos, y otra vez en la esfera de los procesos espirituales superiores; y aquí simultáneamente en la forma de un objeto representable con la ayuda de los sentidos externos y en la de un sujeto que se autopercibe inmediatamente. Pero también en el interior de la esfera suprema de la corteza cerebral hemos de reconocer una división. En efecto, *sólo cerca de un tercio de la corteza cerebral humana tiene un vínculo directo con las vías nerviosas que llevan las impresiones sensoriales a la conciencia y provocan mecanismos motores; dos tercios de ella no tienen nada que ver con este proceso; estos dos tercios tienen un significado diferente y superior.*

»De *qué* tipo sea este significado se puede reconocer fácilmente mediante la observación microscópica. En efecto, los centros superiores, que —*para entendernos*— de aquí en adelante llamaremos *espirituales,* revelan una textura más unitaria, una especie de estructura microscópica uniforme, si bien están dispersos en las distintas regiones de la superficie cerebral, deslizándose luego hasta lo más profundo del encéfalo, hasta la oculta *Insula Reilii.* Los centros espirituales son, pues, aparatos que recogen la actividad de *numerosos* órganos sensoriales internos (y, con ellos, también los externos) en unidades superiores. Así, aparecen también como portadores de una cogitación, como la lengua latina designó proféticamente al pensamiento: los podemos entonces definir también como *centros de asociación o de cogitación.*

»El trastorno de esos centros asociativos es lo que provoca, principalmente, la enfermedad mental; por este motivo ellos son el verdadero objeto de la psiquiatría. Nosotros los encontramos bajo diferentes formas en todas las enfermedades mentales que mejor conocemos porque el microscopio nos permite identificar, célula por célula, fibra por fibra, esas mutaciones; así, nosotros podemos demostrar directamente cuáles son las consecuencias que para la vida del espíritu tiene la desorganización, parcial o total, de estos centros. Los pensamientos son arrastrados en un loco torbellino, la mente produce nuevas y extrañas formas, se pierde la capacidad de explotar el pasado y de prever las consecuencias de los actos.

»La teoría de los centros "espirituales" es una adquisición demasiado reciente como para poder aclarar desde ahora su significado *en todas las direcciones.* Será tarea de la psicología futura analizar la actividad de esos centros y sólo entonces se podrá mostrar cuántos peculiares órganos del alma tiene el hombre. Una psicología que aspire a la exactitud ya no podrá ignorar que la corteza cerebral humana, tal como la corteza terrestre, se compone por lo menos de siete regiones bien diferenciadas anatómicamente. A estas regiones, y en particular *al gran centro asociativo posterior,* el hombre debe su superioridad sobre todos los animales. Las consecuencias de una excesiva excitabilidad de esos centros nosotros las constatamos con claridad, una vez más, en los enfermos de la mente. En estos casos, sin que intervenga una reflexión consciente, la horripilante fuerza de la imaginación y el concomitante sentimiento de angustia morbosamente exaltado crean escenarios y figuras de perturbadora y trágica potencia, sólo parecidos, en cuanto a sus efectos de debilitamiento físico, a las sofocantes pesadillas y a los sueños eróticos.

»En la base de todas estas actividades, ya sean normales o patológicas, encontramos esas vías nerviosas que nos aportan los tesoros y los estímulos del mundo externo y los combinan con las necesidades que surgen dentro del cuerpo, para conducirlos finalmente a la conciencia bajo la forma de deseos. Pero las conexiones entre los centros de los nervios instintivos y las regiones espirituales de la corteza no sirven únicamente para tornar la sensualidad en imágenes, para idealizarla, y tampoco para facilitar su satisfacción mediante la percepción de objetos que la complacen. Es más, tan pronto como los impulsos corpóreos excitan la corteza, da inicio, por vía asociativa, ese proceso de mutación, ese trabajo de representación que nosotros podemos percibir como una lucha entre la sensualidad y la razón. Por eso el deterioro de la fuerza de los centros espirituales tiene efectos tan devastadores. El dominio de los afectos exige una corteza vigorosa —quizá en primera instancia la sanidad del centro asociativo central— y sin ella no se puede concebir ni "la fuerza de los sentidos que hace al héroe" ni la quietud olímpica del sabio.

»Pero sería un error grave creer que el deterioro de la corteza se revela únicamente en los casos manifiestos de enfermedad mental. Este se puede esconder detrás de máscaras mucho menos vistosas y dar lugar a goces totalmente antinaturales y perversos que conducen a esas formas que la psiquiatría, a partir de Pinel, llama *manie sans delire, folie sans delire, monomanie instinctive.*

»Ahora habrá quedado claro que la medicina, mediante la investigación de las condiciones materiales de la actividad cerebral, tiene una relación inmediata con las ciencias morales; por eso, si el previsor barón

D'Holbach había planteado la exigencia de fundar la moral en la fisiología, la psicología médica de hoy puede decir que se está moviendo justo hacia esa meta. La única diferencia es que, sin ya estar impedidos como los ilustrados del Siglo de las Luces por su odio instintivo al dogma de la inmaterialidad del alma, a nosotros nos basta con que se reconozca claramente que la fuerza del espíritu, también en lo que respecta a la ética, depende en enorme medida del cuerpo.

»Y si bien hoy esta perspectiva ya se ha afirmado, sobre todo en la lucha contra el alcohol, que por desgracia es con demasiada frecuencia el peor enemigo del encéfalo, eso no debe bastarnos. Es necesario enfocar la higiene de la vida cerebral, y todavía queda mucho por hacer si queremos que por lo menos las generaciones futuras puedan consolidar y reforzar los fundamentos naturales de un sentir ético.

»Pero ciertamente una acción eficaz en este sentido presupone un orden social que permita someter los ciegos instintos de los seres moral e intelectualmente inferiores a las más profundas visiones y a la más justa voluntad de una aristocracia espiritual-moral.

»No se habrá de creer, sin embargo, que la consideración mecánica de los fenómenos del alma pueda guiarnos únicamente a fines prácticos. En éste, como en todos los campos de la investigación, los verdaderos progresos de la ciencia al final conducen, con la apremiante necesidad de una ley natural, sólo a una visión ideal del mundo. Cuanto más se revela a nuestro intelecto cognitivo toda la grandeza y la fuerza que se tornan realidad en la creación viviente, tanto más claramente sentimos que detrás del mundo de las apariencias actúan fuerzas frente a las que el saber humano apenas puede aspirar al nombre de "parábola"».

Repercusiones políticas de la historia del Presidente

Los acontecimientos que se desarrollaron en los años 1893— 1902, primero en la clínica de Flechsig, en Leipzig, luego en la Cocina del Diablo del doctor Pierson, en Coswig, y finalmente en el sanatorio de Sonnenstein, cerca de Pirna, dirigido éste por el doctor Weber, tuvieron obviamente fuertes repercusiones políticas. Para entenderlas, es necesario regresar en el tiempo al menos hasta la Reforma, cuando los alemanes se habían convertido en el *«pueblo elegido de Dios»*, cuya lengua Dios prefería utilizar. Ese dominio de los alemanes ciertamente le agradaba al «dios superior» Ormuz, que se diferenciaba del «dios inferior» Arimán ante todo por su atracción por los «pueblos de raza originariamente rubia (los pueblos arios)», mientras que a Arimán le atraían los «pueblos de raza originariamente morena (los semitas)»: en efecto, la palabra «ario» generalmente «servía para indicar la corriente *nacional-alemana* presente en una gran parte de las almas, corriente que quería conservar para el pueblo alemán la posición de pueblo elegido de Dios, en oposición a los intentos de catolizacióny eslavización a los que se dedicaba la otra parte de las almas». De hecho, católicos, eslavos y — *last not least*— judíos eran la amenaza permanente del Orden del Mundo: esas fuerzas disgregadoras se infiltraban hasta el corazón de la Sajonia más pura, alentadas por la pútrida marea con la que el creciente nerviosismo y los excesos voluptuosos de la desmesurada civilización inundaban el mundo.

Esta situación se iba arrastrando desde hacía ya mucho tiempo, cuando la crisis del Orden del Mundo, de la cual Schreber fue testigo-actor, precipitó también una crisis política. Con sus bien conocidas artimañas, cardenales y jesuítas habían empezado a entrar en contacto con el Presidente, en quien habían reconocido al probable futuro defensor de Alemania, para sembrarle dudas sobre la bondad de su causa. Evidentemente a los cardenales Rampolla, Galimberti y Casati, que se distinguieron en estas iniciativas diplomáticas, les había llegado el rumor de la cadena de asesinatos que se estaban efectuando entre Schreber, Flechsig y Dios, y por ello quisieron aprovechar un momento de extrema tensión del Presidente para tratar de convencerlo de que se pasara al otro bando. De hecho, Schreber debió de haber tenido momentos de incertidumbre, incluso llegó a confiarle a los médicos de la clínica de Leipzig que «quería pasarse a la Iglesia católica para huir de las insidias». Como sea, él resistió tenazmente a las tentaciones del lado católico y, por ende, también judío y eslavo y, por lo tanto, femenino: la resistencia se manifestaba, efectivamente, en el rechazo de ese placer femenino que atentaba contra su dignidad y que un día se le había revelado con una emoción tan intensa. Y ese rechazo llegaba hasta la determinación de suicidarse antes que sucumbir a las violencias de algún rudo oficial.

Finalmente el mundo entró en el periodo del llamado primer Juicio de Dios, que duró del 2 al 19 de abril de 1894 y sería definido por Schreber como «la época *sagrada* de su vida. Fue una serie grandiosa de sucesos y de visiones, torrentes de imágenes, globos de fuego. Pero detrás de todo se reconocía, transparente, «una misma *idea general*». Así la presentaba el Presidente: «Se trataba de la representación según la cual al pueblo alemán, en particular a la Alemania evangélica, ya no se le podía dejar la hegemonía como pueblo elegido de Dios, después de que, a partir de los ambientes del pueblo alemán, se había derivado una crisis peligrosa para la subsistencia de los reinos de Dios... a menos de que se abriera paso un paladín del pueblo alemán que demostrara que éste era aún digno de esa función». Dicho defensor tenía que ser Schreber o bien una personalidad designada por él. Pero el Presidente todavía no veía claro: ¿estaría aún el pueblo alemán en grado de desempeñar su alta función? En lo que a él se refería, ya había hecho mucho: acababa de estar en Brasil, donde había construido una especie de fortaleza y una muralla

«para protegerlos reinos de Dios de una marejada amarilla que avanzaba» —probablemente en relación con el «peligro de una epidemia sifilítica»—. En todos lados, además, se hablaba de la propagación de enfermedades mortales desconocidas en Europa, lepras y pestes en formas sutilmente diferenciadas: *Lepra orientalis, Lepra indica, Lepra hebraica, Lepra aegyptiaca,* peste azul, peste parda, peste negra, peste blanca, la más nauseabunda de todas.

Al mirar el campo enemigo, el Presidente debió de darse cuenta, en ese periodo, de que ni la misma Iglesia católica tenía la fuerza de imponerse en la guía del mundo. Según voces insistentes, después de la muerte del papa y del interregno del papa Honorio, ya no se lograba reunir al cónclave porque los católicos al parecer— habían perdido la fe. Por doquier la humanidad era presa del terror, las bases de la religión estaban destruidas, el nerviosismo y la inmoralidad crecientes provocaban directamente la propagación de grandes contagios.

Se manifestó entonces una serie de *tableaux vivants*, que representaban las futuras reencarnaciones del Presidente, en el siguiente orden:

«Hiperbórea»;

«novicio de los jesuitas en Ossegg»;

«burgomaestre de Klattau»;

«muchacha alsaciana que tiene que defender su honor sexual contra un oficial francés victorioso»;

«Príncipe mongol».

Había un designio en esta secuencia, se dijo el Presidente. De la primordial Hiperbórea, heredera de arios puros, al bárbaro Príncipe mongol había todo un ruinoso descenso a lo impuro, que al final se volvía soberano. Reflexionando sobre esa progresión, el Presidente llegó a contemplar la perspectiva de convertirse en un Príncipe mongol como «una alusión al hecho de que, una vez que las naciones arias se revelaran incapaces de apoyar a los reinos divinos, se necesitaría encontrar un último refugio entre naciones no arias». Cuanto más en tanto que algunos hechos parecían contradecir las buenas intenciones de la parte aria. Por ejemplo, entre las arañas y los escorpiones que le devastaban la cabeza, el Presidente reconoció que «los más grandes y robustos» eran precisamente los bichos arios.

El convidado de piedra

Agotado por la sucesión de «épocas sagradas», por el viaje relámpago a Brasil, por un obstinado descenso al pozo de la historia (donde el ascensor había bajado hasta el punto 3, ya muy próximo, por lo tanto, al punto 1, que corresponde a los orígenes de la humanidad), por la dudosa asistencia de los osos negros, por el arriesgado periplo en el Barco del Desayuno alrededor de un castillo solar batido por las olas y condenado a la ruina (había que entregar los objetos de la *toilette negra*, el luto etrusco, al gobernador del castillo, S. Freud, que acababa de morir y había sido sustituido por el oficial S. Freud), el presidente Schreber se encerró un tiempo en su habitación: cuando, en raras ocasiones, sacaba la cabeza por la ventana se extendía frente a él el susurrante bosque sagrado de los germanos, tupido hasta el cielo, y casi amenazaba con cubrirlo. Ciertos días se abría en este bosque un claro bañado por la luz de la luna y una voz, con marcado acento suevo, susurraba: «Es *lichtet!* Es *lichtet!*». Una vez vio incluso a quién pertenecía esa voz: era un hombre pequeño con pantalones de pana y bigotitos que pasó cautelosamente frente a su ventana. El presidente Schreber se dirigió a él con voz aún más baja: «¿Qué?». Vio dos ojos semejantes a puntas oscuras de alfiler que lo miraban, y el hombre respondió con un silbido: «El lenguaje habla como el sonido del silencio». Luego se alejó. Otro día aparecieron unos ojos fosforescentes de gatos sobre un árbol del jardín, y detrás se levantaban unas orejas de lobos. Obedecían a un hombre que hacía señas discretas desde el árbol y luego se presentó con modales impecables: «Disculpe, perdí mi nombre, soy un emigrado ruso, el Hombre de los Lobos.» Un prodigioso cansancio se apoderó nuevamente del Presidente y se retiró una vez más, por un largo periodo, a su habitación, tratando de descansar.

El sueño, producido alternativamente por la morfina y los rayos, se apoderó de él durante un tiempo indeterminado, hasta que una mañana se despertó con la idea de aventurarse en el jardín de la clínica. Con su abrigo negro y una chistera del mismo color, el Presidente atravesó la gran puerta de vidrio del vestíbulo, se sumió en la pálida luz y en seguida se dio cuenta de que había dos soles en el cielo. Una risa maliciosa sobresaltó e inquietó un momento al enfermero que lo acompañaba. «No se preocupe, es totalmente normal, casi previsto», le dijo de inmediato el Presidente en tono tranquilizador y se fue a sentar en una silla apartada del jardín. Luego de un rato sintió la obligación que, cada vez con mayor insistencia, en esos últimos tiempos le habían impuesto los rayos con su mezquina y ceremoniosa hipocresía: «Ni el más mínimo movimiento», le exigían.

Permaneció inmóvil durante algunas horas; el enfermero había desaparecido; al fondo unas señoras conversaban en francés. El Presidente habló con los labios casi inmóviles: «Yo soy el convidado de piedra. He venido de lejos y sé que estoy muerto, el único muerto entre la vida aparente. Muerta vida vivo en viva muerte. A vosotros que aquí me rodeáis os conocí un día, a menudo sois mis parientes. Pero vosotros no habéis conocido a Ormuz-Arimán porque lleváis una vida cualquiera, si bien hecha fugazmente, y de pura palabra mental. En estos últimos tiempos para mí los hombres vivos son, en sentido estricto, sólo espectros, los espectros de otro, el Otro que ya no es. Para mí ya no queda más que el inconsciente hipnótico de las cosas y el odio que siente hacia nosotros. Y vosotros no sabéis que vuestro Dios trata sólo con cadáveres. Yo, que he cumplido con la Ley y he deseado su transparencia, no quería pero he tenido que conocer en mí al dios, que aquí me hiende la piel y al cual obedezco envolviendo mi cuerpo con las vendas balsámicas de las momias para consumirme paulatinamente. ¡Ah!, pero ahora yo siento, y apenas lo susurro, inmóvil, que Ellos se consumen conmigo, y aun más que yo. ¡Yo vi fermentarse los enormes pantanos, donde se marchita entre los juncos el Leviatán! ¡Oh, Egipto, Egipto!, de tus religiones sólo quedarán las fábulas, que yo persigo y que me perseguirán durante veinte mil años —pero no lunares, como dicen algunos mediocres glosadores, sino de los redondos que se asemejan a un anillo—. Canope está lejos, Memnón ya no retumba bajo el sol y

el Nilo oye voces extrañas. Sólo quedarán ángeles perniciosos. ¡Venga el cianuro que me está destinado!».

La parte femenina de Schreber contra Ormuz

Habría de pasar mucho tiempo de tortura antes de que el Presidente llegara a extraer las últimas consecuencias del primer Juicio de Dios (y mientras tanto otros de estos Juicios de menor intensidad continuaban manifestándose esporádicamente). Fue en noviembre de 1895 cuando se produjo el gran viraje, ése que el Presidente, hablando con las Voces, llamó la «conciliación». Frente a la impostergable elección «entre volverse un idiota con aspecto masculino o una mujer dotada de espíritu», Schreber escogió la segunda opción e inscribió en su «bandera, con plena conciencia, el culto a la feminidad». La progresiva transformación del Presidente en mujer y la práctica, que ahora realizaba abiertamente, de la voluptuosidad femenina se convertían en el nuevo suceso político que debía hacer regresar al mundo, después de la crisis cíclica, a su antiguo orden.

El impulso decisivo para realizar ese cambio de rumbo lo dio el hecho de que, mientras tanto, el Presidente también había llegado —después de mucho observar— a una valoración diferente de las figuras de Ormuz y Arimán. En efecto, cada vez se le presentaba más claro, gracias a sus investigaciones sobre el complot, que el verdadero y último instigador había sido el dios lejano, el dios puro, Ormuz, mientras que ahora Arimán, casi indiferente a la desaparición de su Nombre, parecía incluso aceptar de buena gana la absorción de una parte de sus nervios en el cuerpo del Presidente; tal era su inerme abandono al torrente de la voluptuosidad.

Carta a Ormuz

El Presidente había dado un largo paseo por el parque. La noche había caído prematura y ya se reconocía, detrás de la ventana, el leve retículo de sus nervios en la bóveda celeste. Se sentó a la mesa y llenó rápidamente varias hojas. Al final extrajo del cajón un sobre y escribió con letra clara:

HERRN ORMUZ IN COELO

Retomó en sus manos las hojas y leyó:

«Ilustre Ormuz:

»Dios superior de los muertos, eterno ladrón de las energías, me has hablado mucho en estos últimos tiempos con tus voces horrendas, me has saturado de malévola palabrería como una vil hechicera y yo he reflexionado largamente, he aguzado mucho el oído para captar cada sílaba de tus torturas, y al final yo también tengo algo que decirte, aunque en pocas palabras. Escucha: yo ya sé que la palabra es tu único cuchillo, que tiene que cortar incesantemente mis nervios para defenderlos, para defenderte, para que no sientan *un pou die volupte feminae* (no te asombres: como verás yo también tengo mis signos, y no siempre son de puro cuño germánico, mi gran araña: ya no usaré tu robusta "lengua fundamental", fiel, auténtica, de antigua linfa pura, de raíces descubiertas, y recogeré en cambio todos los desechos de la historia: *il me faut les désolations, les cataclysmes de l'Orient, les vastes destructions des races, les déserts...* Tu Walhalla sabe a col agria. *Il me faut la grande plaine du monde indien, où tombent par cent mille les Gourous, yo espero que el simún más letal sacuda el toldo del cielo).*

»Pero volvamos a tus palabras: pues bien, yo logro —con mucho trabajo, es cierto— desviarlas: silencio, sueño y voluptuosidad son tus grandes enemigos, ahora lo sé, y yo los cuido, los persigo como una vez perseguí la Ley. El camino ha sido largo, ¿verdad? Pero llegó el día, el día en que yo supe y en que te digo, recuerda: *Je suis de race inférieure de toute étemité... Je me ferai des entailles partout le corps, je me tatouerai, je veux devenir hideux comme un Mongol: tu verras, je hurlerai dans les rúes.* En realidad aún no puedo en las calles porque me tienen aquí encerrado, esperan que mis artes jurídicas se logren burlar de ellos, pero cuando lanzo rugidos en la noche y vienen los enfermeros y me atan a la cama es a ti a quien le hablo, y tú ya no puedes huir porque yo he descubierto la *douceur mortelle* y todas las cosas que son *étranges,* insondables, *repoussantes, délicieuses,* las cosas que codiciabas envida, que nosotros no debíamos saber, las cosas que hoy anhelas aún más, dios muerto.

»Exigías a todos tus sujetos que se deshicieran lentamente en el tiempo, también a Goethe, también a Bismark —¿y qué es una identidad si no es eterna?—, mientras tú te quedarías solo, mascullando tu *Ego sum* y chupando a la vez el placer de los cadáveres. Recuerda, ahora soy yo quien lo hace, *j'ensevelis les morts dans mon ventre,* y si estoy esperando morir es para que tú también mueras finalmente la muerte de cada partícula de nervio, y no la falsa muerte de los espíritus, que continúan devorándonos desde sus tumbas.

»Mit vorzüglicher Verachtung

Daniel Paul Schreber
Senatspräsident, retirado».

P.E. Flechsig inaugura el año académico

El profesor Flechsig entró en el Aula Magna de la Universidad de Leipzig para pronunciar el discurso de inauguración del año académico. Era el gran acontecimiento mundano de la estación: hacía varios minutos se oía un vocerío bullicioso en el aire; las señoras no paraban de arreglarse sus pieles de zorro, muchas barbas acariciadas acompasadamente producían un delicado murmullo de fondo. Entre los presentes se reconocían a Daniel Gottlob Moritz Schreber, erguido rígidamente, con el codo apoyado en una columna dórica; Johannes David Schreber, con una majestuosa toga negra; Anna Schreber de jung, que llevaba una indumentaria un poco provincial pero de sobria elegancia y estaba sentada al centro, junto a su hermano Daniel Paul: una tiara de amplias volutas, recamada con bordados, descansaba en la cabeza del Presidente, envolvía su cuerpo un velo color azafrán abierto en el pecho, donde, entre los senos y en el cuello, se reconocía un tortuoso tatuaje, en cuyo centro parecían abrirse pétalos de loto, y el dibujo continuaba luego entre los pliegues del velo. A la derecha podía verse el joven y melancólico Gustav Schreber y a su lado su hermana Sidonie Schreber, también ella pálida y con la mirada perdida. En las primeras filas, en cambio, conversaban sin parar Daniel Gottfried Schreber y Johann Christian Daniel Schreber, salpicando su diálogo con exclamaciones sofocadas.

El título del discurso, como anunciaba una tarjeta de invitación ribeteada con bordes de duelo negros, era *Cerebro y alma.* El profesor Flechsig entró con paso decidido, subió a la cátedra y en seguida empezó a leer de un legajo que tenía en la mano:

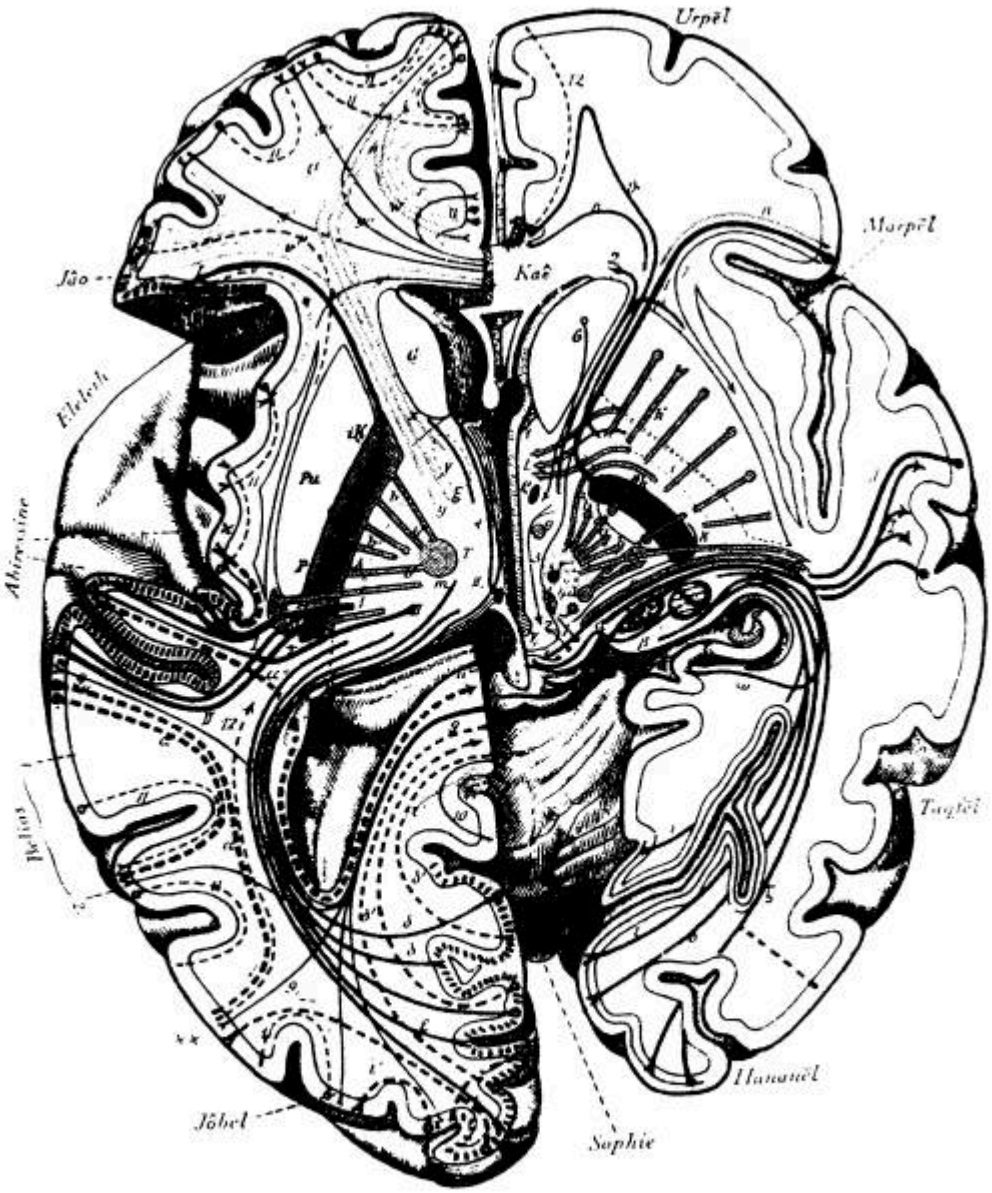
«Excelentísimos señores, damas y caballeros:

»Para un estudioso formado en la escuela del gran Ludwig, para un hombre que ha consagrado su vida entera a los secretos aún sin descubrir de la anatomía humana, y en particular de la insolente médula, es un honor inmenso hablar hoy frente a vosotros, que habéis venido aquí de Sajonia y Transoxiana casi para humillar con vuestra mirada las palabras de un devoto servidor del saber.

»Mi tema, *Cerebro y alma,* es ciertamente el más ambicioso que hubiese podido elegir, como si quisiera satisfacer vuestra feroz expectativa. Vosotros sabéis que mi nombre está indisolublemente vinculado a ese procedimiento *post mortem,* ya muy difundido, llamado el *Coup de Flechsig,* que yo experimenté por vez primera el 5 de mayo de 1872 en el cuerpo de un pequeño muerto de cinco semanas que llevaba el nombre —ciertamente poco común— de Martin Luther, quien sin duda —a juzgar por las imágenes desconcertantes que me ofreció su cerebro— también se habría convertido en un reformador. Pues bien, ahora yo quisiera extraer todas esas consecuencias teoréticas a las que mi larga experiencia con los nervios, y sobre todo el cuidadoso estudio del "caso Schreber", me ha conducido lentamente. Al igual que los insignes juristas justinianos, antes de emprender el minucioso escrutinio probatorio de los hechos me permitiré exponerles aquí, *in limine,* mi tesis. Y haré que la precédanlas alas desplegadas de dos epígrafes. Uno fue extraído de un docto colega mío del siglo XVII, *sir* Thomas Browne, que acuñó una nueva definición de la muerte: *Est mutatio qua perficitur nobile illud extractum Microcosmi.* La otra, de Paul Valéry: *La mort est l'union de l'âme et du corps, dont la conscience, Véveil et la souffrance sont désunion.* Estas palabras parecen presagiar una exigencia imprescindible, sobre todo de carácter jurídico, que se impone a nuestra época, azotada por las olas del placer, si es que ésta se quiere conservar íntegra. No siendo el Alma un puerto seguro de la identidad, como ha establecido la crítica corrosiva de mis antecesores y corifeos de la nueva ciencia de la "mitología del cerebro" —y tan sólo quisiera citar los nombres subyugantes de Meynert y Wernicke—, duranté mucho tiempo vimos al Encéfalo como fortaleza inexpugnable del Yo: pero aquél se nos reveló, gracias al sondeo atento del bisturí, como una maraña acuosa, carente de cualquier problemática ética precisa, y nuestros experimentos ya languidecían cuando finalmente apareció en mi consultorio el

presidente Schreber. Las largas investigaciones que realicé en su cuerpo me permitieron abandonar aquellas falsas esperanzas que habíamos depositado en los nervios: ¡los descubrí parasitados por innumerables dioses! ¡Observad!». En ese momento Flechsig tomó un largo puntero de bambú que estaba apoyado en la cátedra y apuntó con éste hacia un gran lienzo colgado en la pared. «En esta imagen, que se diferencia de todos los intentos anteriores, ya que reproduce las relaciones topográficas reales, en estos chillones colores vosotros podéis ver la ciudad del Alma, por fin registrada en todos sus callejones: durante años la he diseñado y rediseñado, pero siempre me asaltaban dudas con relación a los Nombres: penetraba de la *substantia perforata* a la corteza *putamen,* asido al *nucleus caudatus* alcanzaba el *septum pellucidum* e, inclinado sobre el *globus pallidus,* miraba perplejo la *substantia innominata,* hasta que un día mi terca cabeza se zambulló en el *gyrus fomicatus* y se me apareció en el *thalamus* un pequeño charco azul: reconocí, acurrucada, la menuda figura de Tanit-Zerga: me quité el casco colonial, descubriendo mi frente quemada por el desierto, y pedí ser conducido hasta Antinea. Cuando el Presidente se me reveló en todo su esplendor, su lecho estaba atestado de arcontes, una frescura berberisca emanaba de sus almohadas y alejaba a la seca persecución solar. Esa poderosa Corte ya se había introducido en el cerebro, ya habían ocupado sus puestos, así que hoy puedo ofrecer públicamente esta imagen y asignar los nombres definitivos a su geografía».

Flechsig mantenía el puntero dirigido hacia el lienzo, haciéndolo saltar de un punto a otro, mientras su boca escandía con vehemencia la serie de Nombres: «Sophie, *mapetite*, reina de lo Bajo, desde aquí empiezo; luego Kaé, Abiressine, Jobel, Jao, Belias, Elelethy los cuatro Guardianes del Oriente: Urpél, Marpél, Taqfély Hananél».



Página 56, renglón 10

Flechsig calló un momento y miró fijamente a sus oyentes: «Ya vosotros comprenderéis cómo, habiendo partido una vez de las Neuronas Centrales, yo haya acabado por formular, siempre mediante el estudio del presidente Schreber, aquella tesis —ya no sólo relevante para el orden de la ciencia, sino para la moralidad del mundo civil— a la que todo este discurso, y diría que también todo mi trabajo reciente, están dedicados. Con ella, creo, tocamos el fondo último de la investigación y la conciencia; luego de años de dudas, ella nos reanima y nos alienta a continuar construyendo en una época de destrucción: *LA ÚNICA IDENTIDAD ESTÁ EN EL CADAVER* .....».

Los arcontes en torno al Presidente

El presidente Schreber fue emasculado con la navaja de *Occam* para convertirse en la Sophia gnóstica. Y de pronto se encontraron todos a su alrededor: Jaldabaóth, Jaoth, Bythos, Abraxas, Luchar, Abatur, Ruha, Barbelos y muchos otros. ¡Cuántos disfraces, cuántos subterfugios, durante tantos años! Entre las piedras bogomiles, en los recintos cátaros, en el homenaje a las Damas, entre ventosas *commanderies,* en el humo de los matraces, en espera del León Verde, en conjuras de Iluminados, sobre mesitas de arpías, hasta que un día el profesor Flechsig, hombre de pocas palabras, cansado de la enfática prolijidad de la «lengua fundamental» hablada por Dios y sus embajadores, empezó a sustituir el léxico, introduciendo esos términos que una sobria educación científica le imponía. Los «hombres hechos fugazmente» que deambulaban alrededor del Presidente se volvían así muestras de «fósiles» y, en cuanto a la atracción entre rayos y nervios, se le debía considerar como derivación del «principio de la telegrafía luminosa». Éstas fueron las primeras señales con que se manifestó en Flechsig «su inclinación por sustituir las expresiones de la lengua fundamental que servían para definir cosas suprasensibles mediante denominaciones cualesquiera que se oían modernas y por lo mismo rozaban en lo ridículo». Así iniciaba la erradicación de las supervivencias arcaicas en la lengua y la palabra se adaptaba a una intachable funcionalidad. Sin embargo, también habían desaparecido los cuerpos, las apariencias —una vez disipados los fantasmas, *todo* era fantasmal—. Una vez expulsada también la última *animula*, ya no quedaba ningún Espíritu escondido en la máquina, sino que toda la máquina de los nervios se había convertido en un haz insostenible de luz, y la luz era otra vez tal en tanto transformación de nervio, el mundo ya era un velo (*χαταπέτασμα*) resplandeciente que cubría la Nada. «¡Luz con luz!», rugieron arcontes teriomorfos aferrados a los cuerpos celestes, y mientras tanto derramaban materia putrefacta sobre el cuerpo del Presidente, a donde se había transferido ahora la Atracción. Los fásmidos revoloteaban en el espacio, inciertos entre un dios muerto masculino, que aún intentaba parasitar la vida, y la inmóvil y cautivadora Sophia, que yacía en la cama de una clínica bajo la apariencia del presidente Schreber.

Las palabras de Jaôth

«Claro, claro», murmuró el Presidente, «me preocupa la suerte de aquellos que se quedaron colgados debajo de Casiopea. Son poderosos, detrás de ellos hay otros poderosos y más atrás otros aún. Verjas se abren sobre verjas, se cierran como trampas, viven encerrados dentro del sello y lo imprimen con hierro candente en la carne. Hubo mucha confusión entre ellos cuando se difundió la noticia de que a partir de ahora tenían que dirigirse a mí y ya no al fango superior, que siempre los ha alimentado. Pero ahora pienso que os habréis resignado y ya sabréis: *Terra est coelum inversum*, basta con que volváis al revés las uñas y extendáis el esmalte sobre la piel desnuda. Todo es pátina en el reino fantasmal —y no me digáis que esto os incomoda, vosotros viejos docetas, expertos en hogueras de espectros y en soplos ustorios—. Y ahora hablad tranquilamente, decid a vuestro Padre-Madre de Sonnenstein la opresión que os embarga». Del firmamento lactescente que descansaba en el techo de la habitación de Schreber asomó una cabeza con una enorme y ondulante cabellera:

JAÔTH
Jaôth es el primero;
el segundo es Hermes
ojo del fuego.
Mas todos tenemos
también otros nombres
salidos del deseo
y de la ira.
Así nos hizo el dios
y como potencias (ἐξουσίαι)
nos puso (χανιστάναι)
pegados al cielo
entre los λογοτάλογοτ.
Siempre de lo alto
comenzaba el infame,
un día nos dijo:
«Soy un dios celoso,
fuera de mí nadie existe».
Así dio la señal
de que hay Otro.
En los sótanos del cielo
impedía la visión
de nuestro hermano.
Sophie, la amiga,
reconoció por la atenuación
de su luz
que el σύξνγος
faltaba,
que el sonido
no respondía,
mudo el Doble.
Quiso errar (ἐπιαφέρεσναι)
mas no la condujeron
a su Eón,
cayó en el noveno,
en lo de Jalbadâoth.

En el agua apareció
el simulacro.
Nos reunimos todos
para juntar almas: la sexta
es σύνεσις,
alma de la cabellera,
corrigió sus manchas
con la ἐπίνοτα de la luz.
Así tejió
los espectrales cuerpos
vegetados.
Fueron exploradas
sus guaridas
con globos de flama.
Le diré en voz baja, Presidente,
dónde está el secreto:
en el ἀντίμιμον
πνενμα, que de nosotros desciende,
escurre de las ramas (χλάδος)
de las hojas el engaño,
su grasa es
un bálsamo maligno
y su fruto es el deseo
de la muerte.
Su semen (σπέφμα)
Bebe a quien lo prueba.
Impregna la red
que es un embrión de hembra.
Nadie ha roto la red,
tampoco las alas de fuego
tan amarradas están las cuerdas
y retorcidas
en el Encéfalo inmenso.
El Pleroma nos vendió
como bestias al matadero.
Todo fue sólo déchéance (ὑστέφημα).
A ti hoy
te confiamos los sellos,
ἐπίημον όνομα.

El gran tapiz

Poco a poco en sus largas reflexiones, durante las minuciosas torturas, las noches inmóviles, en la observación recelosa de sus vecinos, las inagotables sustituciones de órganos dentro de su cuerpo, los extenuantes milagros, el presidente Schreber empezó a reconstruir cómo se había desarrollado toda la historia, a presagiar qué se le tenía guardado aún.

Para entenderlo era necesario, antes que nada, transformar aquello que en el tiempo había acontecido por sucesión lineal, desde la era de Federico II hasta esos días, en un gran tapiz enrollado y desenrollado por una sola mirada: y también los sujetos de todos esos acontecimientos estaban entretejidos en ese tapiz uno dentro del otro, y algunos se correspondían cada vez de modos distintos desde cualquier punto de un círculo flameante. Abajo, a la derecha del tapiz, se leía: *Ronde d'amour* y seguía la firma del maestro: Pradilla; más pequeña, debajo, se reconocía la de su asistente: Prado, «maestro de espadas». Al centro estaba Dios, pero en el centro del centro había una maraña compuesta de la cual se esparcían los hilos de los rayos hacia todos los puntos de la rueda —allí el Presidente se encontró a sí mismo, varias veces y con distintas disposiciones—. En algunos puntos reconocía su figura como una caja que incluía en sí misma, de igual modelo y dimensión reducida, la de su padre y la de Flechsig, y las de sus antepasados; en otro sitio, en cambio, contenía dos minúsculos exvotos de Ormuz y Arimán iluminados por una tenue luz interna. Al pie se leía: «Esto queda de la luz de Xvarnah». En otros puntos se veía aparecer él mismo, desde lados opuestos de la rueda, casi idéntico a Flechsig, ambos con los ojos ligeramente oblicuos y una coleta. O bien se reconocía en una mujer mediterránea, un poco desaliñada y corpulenta, que levantaba su amplia falda sobre el vientre, y por debajo asomaba la cabeza erguida del profesor Flechsig con una tupida cabellera rubia y en la mano la espada Nothung. En otra parte, cavada dentro del cuerpo de su padre, había una momia que mostraba en el rostro los rasgos del Presidente, mientras su padre sostenía en las manos a dos hombres hechos fugazmente: en la izquierda a Immanuel Kant, con elegantes zapatos negros de charol, y en la derecha a Odín, con un dogal al cuello.

Freud analizado por Schreber

I. El pantano

Mirando fijamente el gran tapiz, mientras su rostro y el de Flechsig se desdoblaban y se recomponían lentamente, el Presidente vio también, en el catalejo de su mente, surgir otra barba, otros anteojos, una mesa, un sofá. En una vitrina irradiaba la blancura de algunas estatuillas que inducía a una leve «voluptuosidad del alma». El Presidente entró en la habitación y se sentó a la mesa oscura: a sus espaldas asomaba un tupido cañaveral, espárragos silvestres y flores de loto. En el sofá Sigmund Freud fumaba un puro, con expresión serena y reflexiva. El Presidente habló: «Profesor Freud, dígame: ¿qué es lo que teme de los pantanos?».

«Es una larga historia, Presidente. Como ve yo estoy ligado a la calle, a la ciudad, yo siempre he sido el *Wanderjude* por las calles de Pompeya. Invité a mis alumnos a vivir conmigo en las cloacas, me reí de quien no lograba reconocer la arquitectura del hedor. Pero el pantano, no; una nube de espanto me ha invadido siempre la cabeza, entre las cañas, en el delta del Danubio. La gran Diana no me ha perdonado nunca. Las estatuas que he recogido las he colocado en una vitrina y, no obstante, sabía muy bien que el primer *xoanon* lo encontraron las Amazonas en el fango de Éfeso. Todo fue un poco así. Wilhelm Fliess, ese hombre que ha sido la más grande aventura de mi vida, por alguna razón tiene algo que ver —en esto como en lo demás, creo. Justo en los años en que yo estaba —y usted sabe bien a lo que me refiero— en conjunción nerviosa con él tuve el sueño del hoy llamado "Más bien extraño". Es el sueño que tuve esta noche y que le ruego que escuche:

»El viejo Brücke debe de haberme encargado algo; es más bien extraño, la cuestión se relaciona con la preparación de la parte inferior de mi cuerpo, pelvis y piernas, que veo frente a mí como en la sala de disección, pero sin advertir su falta en mi cuerpo, y también sin ningún sentimiento de horror. Louise N. está a mi lado y me ayuda en el trabajo. Se han extraído las visceras de la pelvis, por momentos esto se ve desde arriba, por momentos desde abajo, y las dos perspectivas visuales se mezclan. Se pueden ver unas protuberancias grandes y rojas (y en el sueño creo que son hemorroides). También era necesario quitar con cuidado algo que estaba encima y parecía una bola de papel plateado. Luego me hallaba nuevamente en posesión de mis piernas y caminaba un tramo de calle en la ciudad, pero (por cansancio) tomaba un coche. El vehículo me conducía, para mi sorpresa, a un portón que se abría a un pasaje, curvo al final, por el cual se salía de nuevo al aire libre. Después de todo, me encontraba caminando con un guía alpino, que cargaba mis cosas, a través de paisajes cambiantes. Durante una parte del trayecto el guía me cargaba a mí también, para no fatigar mis cansadas piernas. El terreno era pantanoso: caminábamos por la orilla; había gente sentada en el suelo, como indios o gitanos, y entre ellos una joven. Al principio yo iba adelante, solo, por el resbaloso terreno, maravillándome continuamente de hacerlo tan bien, después de haberme sometido a la preparación anatómica. Al final llegamos a una pequeña casa de madera, que terminaba en una ventana abierta. Allí el guía me bajó y puso dos tablas de madera, que estaban ya listas, en el alféizar para tender un puente sobre el abismo que teníamos que cruzar al salir de la ventana. Ahora sentía realmente miedo por mis piernas. Pero en lugar del esperado cruce vi a dos hombres adultos tumbados en unas bancas de madera dispuestas a lo largo de las paredes de la cabaña y a dos niños que dormían a su lado. Como si tuviéramos que cruzar no sobre las tablas, sino sobre los niños. Me despierto con pensamientos de terror.

»En la *Traumdeutung ya* había advertido que de este sueño aislaría un solo detalle. Habría que explicar demasiadas cosas. Demasiadas cosas quedaron sin analizar todavía. En mi función de Ocultador esperé hasta hoy para reconocer un poco más de lo que os había escondido. En mi función de Iluminador quise explicar desde entonces que todo el sueño nacía de una visita de mi conocida Louise N., la misma que me ayuda en el sueño durante la preparación. Me pidió algo para leer. Le ofrecí *She,* de Rider Haggard, diciéndole: "Un libro *extraño,* pero lleno de significados ocultos: el eterno femenino, la pasión inmortal". "Cosas que ya conozco. ¿No tienes nada tuyo?". "No, mis obras inmortales aún no han sido escritas". "Y

entonces, ¿cuándo nos darás tus últimas *luces,* que, por lo que prometes, deberán ser comprensibles también para nosotros?". Entonces yo sentí que en su voz hablaba otra voz: supe que yo también había elegido —y era más bien extraño— la vía de Flechsig: la escritura de la *Traumdeutung*, que coincide con el tormentoso autoanálisis que realicé en esos años, se me presentó entonces como una manipulación de mi propio cadáver, equivalente en ese sentido a los estudios anatómicos de Flechsig (si consideramos que usted, D.R Schreber, es su cuerpo), a las prácticas educativas de D.G.M. Schreber (si consideramos que usted, su hijo, es su cuerpo) y finalmente a la relación de Dios con el mundo (si consideramos que usted, señor Presidente, es su cuerpo), hasta el momento de la crisis que usted provocó. Sólo como cadáver había podido atravesar ileso el pantano; claro, lo reconocí entonces, señor Presidente, usted era la gitana *sentada en el pantano* y, a su alrededor, esos otros *squatters:* una inmensa nostalgia me atravesó de soslayo en ese momento, el eterno femenino, la pasión inmortal, pero sabía que no habría podido detenerme y que en la montaña me esperaba la tumba etrusca. Los templos no pueden estar sino en los pantanos o en las acrópolis. Cuando en Atenas sufrí esa extraña molestia en la Acrópolis, cuando todo se volvió irreal por ser demasiado real, fue porque al fin había encontrado mi tumba, finalmente clásica.

»Pero yo le tengo horror a las deudas, y la deuda mayor de mi vida, y a la vez mi fuerza secreta, es el hecho de que he sometido a la humanidad al análisis sin yo haber sido analizado por otro; el cruel Jung tuvo la perfidia de recordármelo cuando me dejó: "Yo estoy sano —toco madera—, yo he sido analizado, no como Usted". Y ahora yo sé que sólo usted, señor Presidente, es quien puede hacerlo. Usted, que ha sabido evitar ese *rechazo de la feminidad,* del cual depende el glorioso fracaso del análisis, desde siempre y para siempre, y por eso se *sienta* sobre él, el gran pantano, y por eso se puede sentar ahora a mi mesa, usted sabrá escuchar lo que estoy obligado a decirle.

»Hasta ese siniestro personaje que yo quería convertir en mi hijo, Carl Gustav Jung, raza de pastores protestantes, él que no es ni un bastardo auténtico de Goethe ni un hijo verdadero del Libro y la Letra, quiso incomodarme con ese veneno del pantano. Había un aire un poco sofocante en Bremen, en ese restaurante, el Essighaus, donde tratábamos de convencerlo de que bebiera vino, de que dejara esa tonta abstinencia suiza, y él insistía en hablar de las *momias de los pantanos* que debían de estar por ahí, en la región. Cadáveres de la prehistoria, con los huesos corroídos y la piel curtida, el cabello entero, los cuerpos aplastados por el peso de las aguas: ¡inmortales compañeros de She, siempre esperando en las turberas! Otra vez no estaría con ellos; me desmayé. Y empezó la lucha entre el Cadáver del Instituto de Anatomía y el Cadáver de la Prehistoria. Claro, todo se repite, como entre Flechsig y usted. Por eso comprenderá que, en determinado momento, *tuve que* escribir un ensayo sobre sus *Memorias* y cortar todo contacto con Jung antes de estar sumergido por el mar de fango del ocultismo. Otra vez el pantano, como ve usted.

»De cualquier forma, también notará que quien eligió sus *Memorias* como objeto de estudio fui precisamente yo; claro, había sido Jung quien me las había señalado, y también eso tenía su signiñcado, pero él tuvo que ir a buscarse a esa pobre *bas-bleu* de Miss Miller para empezar a poner en circulación esos horribles mandalas. Entre nosotros siempre ha habido una diferencia de educación, además de la de constitución: él, el Gran Histérico; yo, el Gran Obsesivo —y por ahora no quiero decir nada más».

II. La nariz

«Ahora hablemos un poco de la nariz...», dijo el Presidente. Freud esbozó una sonrisa: «El recuerdo de la nariz es para mí punzante. Si se puede ser al mismo tiempo charlatán, herrero, constructor sobre la lava de la paranoia, buen padre de familia, guardián de los Infiernos, devoto de la ciencia y criminal, nosotros lo fuimos, Fliess y yo. Hemos compartido demasiados secretos, exaltaciones y vergüenzas; necesariamente hemos tenido que emparedarnos con cal el uno al otro. Sin embargo, su querida sombra maldita me persigue a menudo. Llamábamos "congresos" a nuestras ceremonias y siempre se respiraba un aire de delito ritual. Desde que Fliess descubrió la analogía y la correspondencia funcional entre nariz y órganos sexuales femeninos fue una masacre continua: tuvimos una primera víctima, la infeliz Emma, paciente mía. Fue el sacrificio inaugural del psicoanálisis: sobre un sueño en el que ella aparecía —el primer sueño interpretado *sin lagunas*, ¡ja!—, el ahora famoso "sueño de Irma", fundé la *Traumdeutung,* el 24 de julio de 1895, y pensé también que una lápida debería conmemorar ese día. Yo mismo invité a Fliess a Viena, en febrero de 1895, para que aplicara sus teorías en la nariz de esta inocente histérica. Todos los venenos del mundo se habían concentrado en las fosas nasales y de allí emanaban en forma de neurosis nasal refleja, por las calles de la ciudad. Fliess operó y partió, astrólogo alado de mi Corte.

»Poco tiempo después Emma empezó a sufrir atrozmente: cuando venía a mi consultorio me contaba de sus agudos dolores, secreciones nauseabundas, pérdidas de sangre. Yo escuchaba, sólo movía las comisuras de los labios y pensaba en el cuadro sintomático de la histeria. Pero siempre fui escrupuloso, y al final llamé a un cirujano: en una cavidad producida por la primera intervención encontró una tira de gasa impregnada de yodoformo, de aproximadamente cincuenta centímetros de largo, que evidentemente había dejado Fliess. Cuando la gasa fue extraída Emma tuvo una hemorragia grave; yo, que estaba presente, me sentí mal, casi me desmayé también esa vez. El sueño de Irma se refería, como todos lo pueden constatar en la *Traumdeutung*, a estos hechos: en 1895 leí en ese sueño la voluntad de alejar la culpa de la naciente ciencia de los sueños. Significaba, sobre todo, quitarle la culpa a Fliess, es decir, a mí mismo que estaba envuelto en la obsesión virulenta del descubrimiento psíquico. Entonces lo logré, salvé a Fliess en el psicoanálisis pero tuve que condenarlo como persona a que se perdiera por la calle, en medio de los *cranks,* que ponían en peligro, con sus clarividencias incomprobables, el *habitus* científico de mi disciplina. Sin embargo, nosotros siempre dejamos pistas, epígrafes ocultos, cipos funerarios cubiertos de vegetación: en el "sueño de Irma", en una nota, escribí estas palabras, separadas por un guión de la frase anterior: "Todo sueño tiene por lo menos un punto en el cual es insondable, una especie de ombligo por medio del cual se conecta con lo desconocido". Así, precisamente en el sueño sin lagunas, rendí homenaje al *omphalós* intratable, a la "mancha blanca" que vi en la garganta de Irma, circunscrita por extrañas formas encrespadas, semejantes a las fosas nasales, y por amplias costras grisáceas. Entonces, para salvarme, la interpreté como síntoma de difteria. Y ahora usted, señor Presidente, ha emergido de la mancha blanca y me escucha aquí, entre las cañas. Siento una calma transparente al hablarle, un abandono que durante largos años no he sentido, que sólo recuerdo haber experimentado quizá durante los "congresos" con Fliess, y por lo cual lo castigué. Hoy ya no sé castigar.

»Pero volvamos a la nariz: no sólo había apasionados discursos, intercambios de teorías —los primeros descubrimientos del psicoanálisis de mi parte; la bisexualidad y las leyes de la periodicidad de su parte— en los "congresos" con Fliess. Había también verdaderas ceremonias. Al igual que los sacerdotes de Xipe Totee, pero con la inhibición occidental que no nos permitía excedernos en la laceración de víctimas, hacíamos prácticas en nosotros mismos. Esta vez yo era la mujer. Se trataba, ya lo habrá entendido, de la nariz, que a ambos nos provocaba, como es evidente, varias molestias. La metodología que aplicábamos era una suma de nuestras teorías. Cauterización y aplicación local de cocaína. Esta última parte, es bien sabido, derivaba

de mi primer infeliz descubrimiento terapéutico, que ya había llevado a la muerte a mi amigo Fleischl von Marxow.

»Como verá, el lugar de atracción invencible en nuestros primeros intentos por curar era precisamente la luna femenina, la Vulva de Kepler, pero transpuesta a una cabeza masculina. Todo está por escrito: quemar y drogar al mismo tiempo. Fueron los primeros ritos del psicoanálisis, que un nuevo Frazer, más *borné* aún que el verdadero, quien al menos era un gran helenista, juzgará seguramente horripilantes. Y no obstante, allí se daba el paso decisivo, cuya huella inextinguible está hoy por doquier —y no veo por qué esconderlo —. En la escala de los horrores, un aséptico consultorio de Los Angeles, donde se refuerza el Yo y un infame pedazo de tela blanca aguarda sobre el diván los pies del paciente, es sin duda más repulsivo.

»Hablábamos y hablábamos, luego Fliess hacía sus intervenciones en mí, que me le entregaba en un delirio de confianza en el instrumento; luego yo regresaba en tren con la cabeza ardiente, y allí tomaba con furia apuntes sobre la psique, después seguían días de depresión en casa, luego Fliess me escribía que también él se operaría la nariz, siempre había algo que retocar todavía, después las cartas se volvían más frecuentes, pero era necesario esperar a que Fliess encontrara la fecha *adecuada*, dependiendo de sus períodos, para que nos pudiéramos volver a ver en otro "congreso", y todo volvía a empezar. Fueron los años de mi embriagadora Nekyia. En mi consultorio me interrogaba a mí mismo ya muerto, por la noche, después de las diez, coleccionaba los jirones de mi psique, que hablaba durante el sueño y luego se callaba de día porque yo tenía que escuchar, escuchar, escuchar...».

«Y ahora a lo nuestro, permítame escucharlo...».

III. El caso Schreber

«Sí. Era ese verano de 1910, estábamos en Holanda, yo miraba el mar llano y extenso, exhausto como nunca antes lo había estado, después de un año de análisis continuos, de las ocho a las ocho, y luego las noches inquietas porque sentía que algo estaba sucediendo, me llegaban noticias ominosas, la fluctuación negativa en la historia de nuestra causa —¡era aún tan ridículo que pensaba en estos términos!—, no lograba leer, atolondrado miraba la arena y me sorprendía feliz pensando que allí jamás crecería nada. Luego pasaba por mi cabeza la imagen de Roma —el joven Ferenczi y yo teníamos que ir en septiembre—. Usted sabe bien con qué lúgubre maraña de terrores y sentimentalismo está vinculada, para quien habla alemán, la palabra Roma. Siempre tenemos miedo de que el papa nos corrompa, ese Gran Libertino que desde hace siglos se burla cínicamente de la psique. Y naturalmente no esperamos otra cosa: luego llegamos y nos miran sólo para vendernos un pequeño San Pedro dorado. Empezaron las dificultades: queríamos ir por mar, pero no había lugar en el barco. Los diarios empezaban a hacer alusión a casos de cólera en Italia: Jung, solícito como siempre, me escribía, al acecho: "Querido profesor, ¿todavía piensa ir a Roma, aun con el cólera?" No le hice caso. No nos dio cólera, de lo cual, en cambio, murió en esos días un paciente mío, en la laguna.

»Mi compañero de viaje, el joven Ferenczi, era *thaláctico,* soñador; su rostro redondo, un poco fofo, parecía adherirse a mis palabras como una ventosa, mientras yo, en cambio, quería estar callado. Lo miraba y pensaba que estos viajes suscitan un gran deseo poruña verdadera mujer. Ferenczi, en cambio, encontraba todos los pretextos para regresar a hablar del tema que me atenazaba en ese momento —¡y desde hacía cuánto!—, la paranoia. Me persiguió también hasta en Sicilia: el oído de Dioniso susurraba sus preguntas y yo hubiese querido gritar—, luego lo miraba con ternura y respondía. Sus *Memorias,* señor Presidente, estaban en mi maleta en esos días: no las leí todas en el viaje, pero unas cuantas páginas bastaron para sumirme nuevamente en el pozo de Fliess. Quería exhumarlo en mi Pompeya, encontrar el molde de su cuerpo aún intacto para que finalmente se deshiciese a la luz. Y éste es precisamente uno de los grandes secretos del análisis; yo lo insinué, es cierto, con avaricia, ¡pero cuántos pasaron a un lado como perros sin olfato! Se lo dije una vez al Hombre de las Ratas—. "Pompeya empieza a volverse una ruina ahora, desde que fue desenterrada. Es el apasionado arqueólogo, como el que soy yo, quien quiere la ruina de sus estatuas, de sus columnas, de sus ciudades. Quiere liberarse de ellas, como yo quise liberarme de un alma opresiva —sabía con qué seguridad mata la luz. La psique se desmorona: las cosas de las que yo hablaba durante esos años como de bloques de cuarzo hoy son casi de yeso, algunas incluso ya están pulverizadas: a estas alturas, ¿quién sabe hoy día qué es la histeria? Dentro de no mucho mis obras serán sólo una inscripción tumularia, carcomida por la arena del desierto. Y todos continuarán hablando de ellas como nunca se hizo antes.

»Pero discúlpeme, señor Presidente, volvamos a hablar de sus *Memorias*, o sea, de mí. Yo era Schreber, y era Flechsig. Fliess y Jung me habían encerrado en el hospital de Burgholzli: yo, a mi vez, trataba de hacerlos pasar por locos en Viena, los enterraba en el fango del ocultismo. Al lado de mi habitación en el Burgholzli pasaban multitudes de esquizofrénicos suizos, la mayoría sin educación, sujetos que el análisis no podría tratar, quizá nunca. Me miraban y, con horrendas sonrisas, me invitaban a embarrarme con su excremento. *Dementiapraecox,* solíamos decir entonces, como usted sabe; yo me repetía estas palabras incesantemente, como sus Voces han hecho con usted durante años. Cuando, en determinado momento, sentí que ya no podía resistir pedí un cuaderno y empecé a escribir mis *Memorias,* que luego aparecieron en el *Jahrbuch,* con el título de «Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia *(dementiaparanoides)* autobiográficamente descrito». Sabía muy bien que en esas páginas no explicaría lo que es la paranoia, de la cual nunca he tenido suficiente experiencia clínica y ciertamente es mucho más refractaria de lo que se ha dicho, pero quería que un mensaje mío llegara a mis amantes perseguidores. Quería que supieran que yo

sabía, que había sepultado mi pasado, hablando de la necesaria homosexualidad del paranoico y por lo tanto, en primer lugar de la del inventor del psicoanálisis. Y esa palabra homosexual era un eufemismo, lo que yo quería decir era: femenino, tenían que saber que yo ya no era su mujer y que ellos ya no eran las cortesanas de mis Noches Árabes. Frente a esta duplicidad de la feminidad en el hombre, frente a este inagotable ceder para tener, yo puse mi barrera. ¿Por qué?, me preguntará usted. Por desprecio.

»El escrito que presenté para obtener el alta de la clínica convenció a las autoridades, a pesar del informe que Fliess y Jung habían escrito para demostrar que no se *me podía* curar y que, por eso, mi identificación alucinante con el Judío Errante expresaba una verdad simbólica: nadie estaba en posibilidad de ayudarme, dijeron en ese informe; es más, había que mantenerme en la clínica y conservarme en el archivo de los arquetipos. Pero la Ley estuvo de mi lado, como siempre, porque vieron que yo lo había condenado a usted, señor Presidente, que puso en ridículo a la Ley.

»Por supuesto, yo conocía por demás sus razones, mi Presidente. Quienes no comprendían casi nada eran mis alumnos, que siguieron esforzándose durante mucho tiempo en la teoría de la paranoia, construida por mí, mientras yo por la noche me reía de ellos salvajemente, en mi consultorio. Es bien conocida la inmensa tristeza que me ha acompañado durante los últimos veinte años. Mientras el cáncer me devoraba el rostro, pedazo por pedazo, pensé que me tocaba hacer un último movimiento para lograr el equilibrio. Y así me burlé de todos en el momento extremo, tuve la gran paciencia judía que Fliess y Jung jamás conocieron, esperé a sentir la muerte cercana para finalmente poder destruir, sobriamente y con escasas palabras, el análisis que yo mismo había fundado. Y lo destruí sobre todo para rendirle homenaje a usted, señor Presidente —repito: le tengo horror a las deudas—. Hago alusión, como habrá comprendido, al ensayo sobre *el Análisis finito e infinito,* con el cual envenené la cocina del psicoanálisis: el repudio de la feminidad en el hombre, la envidia del pene (esta comiquísima categoría) en la mujer son el impenetrable fondo rocoso que impedirá para siempre que el análisis transforme la existencia irreversiblemente. Sólo dije esto, que bastaba para hacer entender que, a través de mí, nadie ha buscado jamás —y mucho menos encontrado — la salud. Sin embargo, tampoco deberían de quejarse de todo lo demás que encontraron, y que en su mayor parte han perdido, *en attendant toujours quelque chose qui ne venait point».*

Dobles y feminidad

Remontándose a los orígenes de todo, el Presidente aisló en una faja ardiente dos percepciones de una intensidad casi insoportable que había experimentado en suya madura vida: la de ser una *mujer jodida* y aquélla de que «hay *algo podrido en el estado de Dinamarca*, es decir, en la relación entre Dios y la humanidad». Después de estas dos revelaciones su vida había sido entretejida, forzosamente, en ese tapete que ahora miraba, y los tiempos habían tomado para siempre rutas divergentes. Había vivido cincuenta años en la calma agnóstica, progresando con seguridad en su carrera de magistrado, atraído sin éxito por la vida política, amante de la música y de las buenas lecturas, como correspondía a su estatus y a su clase? sin más, sin sorpresas. Y al mismo tiempo allí, en el tapiz, se veía participar, desde hacía largos y lejanos años, en una crónica heliogabálica que ponía al descubierto los *pudenda* del cielo. Y estaba, sobre todo, esa aparición sin fin de los sujetos, unos dentro de los otros, que le dejaba una sensación de vertiginosa dispersión. Para él empezaba con su venerable padre, Daniel Gottlob Moritz, que trataba a sus pequeños como cadáveres, los educaba en el *rigor mortis* como única aproximación concedida a la rectitud, los sacaba adelante por la única vía recta. Y un día el Presidente había tenido que matar a este Padre, pero este Padre era él mismo y entonces había tenido que matar al Padre del Padre, es decir, a Dios, que tampoco sabía más que tratar con cadáveres. Precisamente para lograrlo se había vuelto un estudioso agnóstico, y también en este rol había tenido la necesidad de un Doble, su gemelo entre las familias aristocráticas del cielo, el profesor Flechsig, que a su vez había sido y era el Doble del Padre, y Mediador de Dios al intentar matarlo a él, el Presidente, invadiendo su mente con un control que era un estupro, del mismo modo que el mismo Flechsig, también como Doble de D.G.M. Schreber, había realizado un acto de necrofilia sobre el Dios considerado muerto, y no tanto Paul Emil como Daniel Fürchtegott Flechsig, en cuyo nombre se completábala rueda de los Dobles. Todo esto era muy enredado y era sólo una parte de los hechos; nunca se podía entender quién perseguía y quién era perseguido, quién había matado y a quién se iba a matar.

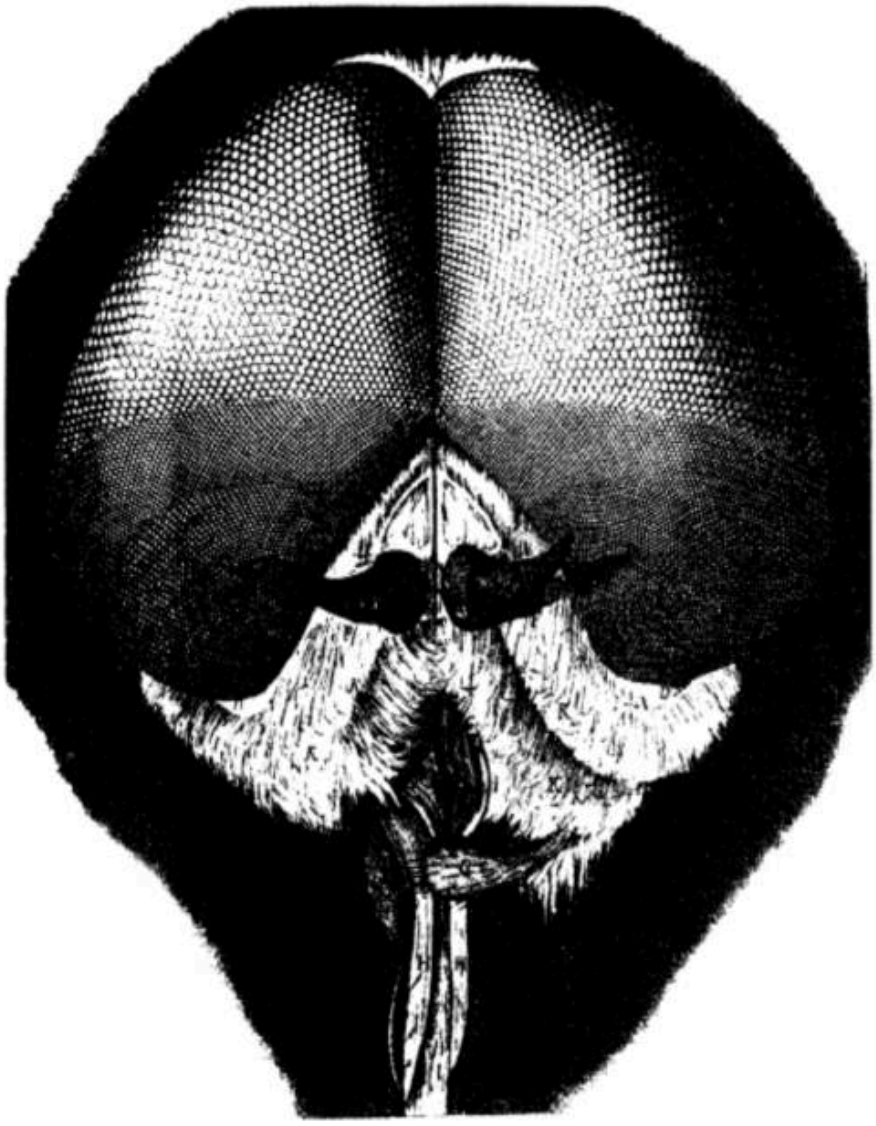
Pero sobre todo era sorprendente, para una persona acostumbrada a considerar a los hombres como entidades compactas, provistas en primer lugar de Voluntad y Responsabilidad, que todos los actos ahora se escindieran en dos, es decir, que ya ningún sujeto existiera solo, sino siempre acompañado por un Doble o, peor aún, que se revelara él mismo como Doble de un sujeto posterior. ¿Por qué esta mecánica en el desquiciamiento del Orden? ¿Y acaso había una relación entre ello y la primera percepción de mutación radical, ésa por la que Schreber se había sentido *mujer jodida?* Este punto no se aclaró durante mucho tiempo, sujeto a oscilaciones martirizantes, por lo que siempre parecía que todo se transformaba completamente, con el menor soplo de las Voces. Pero el tiempo traía lentamente la claridad: en la trama blancuzca de sus nervios disgregada en el cielo el Presidente vio inscrito que si el placer transformaba en mujer era porque el placer abolía, con un alarido irrisorio, cualquier cuestión de identidad, roía incansable las columnas del mundo y, en cuanto a la mujer, no había prueba de que alguna vez hubiera tenido derecho al Nombre, más que en el *music-hall*; siendo demasiado fluida, socarrona, había sido soberanamente inexistente por no haber tenido jamás necesidad de un Yo que no fuera *marwaudage.*

El dibujar

«Si es verdad que el cielo tiene instrumentos irrepetibles de tortura», dijo el Presidente en la noche, «también yo he aprendido ciertas artes de la seducción y las practico cada vez que puedo. El Buen Dios, que es una puta, siempre me repite: O sólo razón o sólo placer", y luego me arroja a la "coacción de pensar (o, con mayor exactitud, a hablar mentalmente, porque yo soy de un pensamiento que no produce ninguna palabra), a las palabras— control, a la cadena causal, el *Rosarium Rationis*, mi cruz. O bien espera a que la voluptuosidad me consuma, aun antes de que yo sea completamente mujer, porque sabe que a lo que resta de mi indigente constitución masculina es más fácil que la agote el placer, que a él, por lo demás, lo hace morir. Pero yo reflexiono y reflexiono y al final descubrí que Ormuz quiere, sobre todo, evitar que se interponga un *tertium quid*, que sin embargo existe y quizá yo descubrí. Consiste en "dibujar", como dicen las Voces, o sea, la práctica pura de las imágenes, camuflaje íntegro que hasta hoy me ha permitido encontrar varias veces un escondite que me ha vuelto invisible más de una vez, detrás del velo fantasmal». El Presidente se levantó y se acercó a la ventana: «Venid, venid pues, ahora y observad: yo me agacho». Al agacharse, el Presidente tenía una expresión sonriente y feliz: «Miradme...», y con un gesto de corista sacudió las nalgas frente a la ventana. Las Voces que se habían agolpado, detrás de los vidrios, gimieron: «¡Ohhhhhh!», fijando la mirada en la imagen que el Presidente acababa de «dibujar» y sobreponer a sus partes posteriores. «¡Mira, tiene medias de red como en el cancán de los muertos!». «¡Qué tupido es el vello!». «¡Pero cómo se parecen Ormuz y Arimán!». «¿Dónde los ves?». «¡Mira, los dos cuernos están clavados en el vello!». «¡Qué graciosos!». «¡Pero qué pequeños son!». «¡Parecen los guardianes de la majestuosidad del Presidente!». «¡Es cierto, del hoyo de los Vosgos!». «¡Ormuz siempre lo mira con ñjeza!». «¡Santiago y Cartago!».

El diario del Presidente

El primer gesto de gran generosidad hacia el presidente Schreber por parte del director de la clínica de Sonnenstein, el doctor Weber, fue concederle el uso de un gran cuaderno de tela negra. Hasta entonces el Presidente había tratado de escribir con las uñas en la pared, había trazado palabras con saliva en la mesa y varias veces había tratado de transformar el tenedor en pluma. Cuando un enfermero le dio el cuaderno y un lápiz desportillado el Presidente los sopesó un largo, momento, se inclinó ligeramente y dijo: «Gracias—, será el diario de los últimos siglos de la humanidad».



Página 74, renglón 17

Pero el doctor Weber no había actuado sólo por su natural bondad de sentimientos. Algunas semanas después, mientras el Presidente se había lanzado a un interminable paseo por el jardín de la clínica, Weber entró en su habitación y abrió el cuaderno, curioso por saber cómo esas notas personales podrían disponerse en el cuadro clínico. Se detuvo en una página al azar:

«Los dementes pasan a mi lado con la mirada furtiva de los perros.

»No sé qué actitud tomar con el agente de seguros Marx.

»J'ai trop bu le sang noir des morts.

»Lo encontré sepultado entre sus alejandrinos. No quiero verte más: desenmascararse es algo que sólo la miseria humana puede hacer, no la muerte divina.

»Fangosos delirios. Inclino la *caput mortuum.*

»Sentí un funeral en mi cerebro, y el silencio y yo éramos una especie solitaria de escoria.

»Querías control y presencia continuos. ¡Ah!, el incesante discurso mental, único estado afín a la homogeneidad del cadáver, pero la voluptuosidad provoca el vacío de la mente.

»Me fue impuesta la dudosa santidad del verdugo.

»Hoy, toqué largo rato a Ghopin, op. 9 n. 2, op. 10 n. 5, op. 17 n. 4, en el balde, para saludar a la *beatitud del claro de luna*.

»Si pienso en las mutaciones sucedidas en mi vida a partir de la "conciliación" (noviembre de 1895) nada parece tan *tajante y sorprendente como las transformaciones en la lengua fundamental" que he presenciado y sigo presenciando. Ya me había adiestrado suficientemente en sus vigorosas y genuinas expresiones, en ocasiones arcaizantes, en el mecanismo por el cual cada término tenía que expresarse con su contrario (que correspondía, por lo demás, a un antiguo uso lingüístico indoeuropeo) —puedo incluso decir que ya se me había vuelto familiar ese estilo ligeramente pomposo—, cada palabra tenía el peso de un grueso terrón germánico, cuando empecé a notar un debilitamiento de esas sustancias verbales por los efectos de la maligna repetición, y en realidad desde entonces inició un proceso de decadencia cuyo fin sólo es posible presagiar. El juego empezó a enloquecer entre las palabras, mientras aparecían paralelamente los nuevos seres de la segunda Creación, novae species insectorum, muy similares a esos pacientes que participaban conmigo, aún en la Cocina del Diablo, en las desoladas deambulaciones por el establo. En estos años aprendí, y no fue poco, a reconocer la estructura interna de las palabras: y bien, debo decir que si las primeras palabras de la "lengua fundamental" se posaban sobre mí como una pasta espesa y aceitosa, casi para dar a mi cuerpo una fétida unción ceremonial, las palabras-insecto que se manifestaron sucesivamente al tocarlas producían, en cambio, un ruido de hojarasca, o bien un débil chirrido mecánico, o hasta se les podía soplar como a telarañas, aunque a veces, por su enorme frecuencia, se depositaban en el aire que me rodeaba como si fueran una manta. Una general pérdida de dignidad parece indudable en este proceso, del cual quizá salga un día, y precisamente de mí, un mundo renovado. También en lo que se refiere alas visiones, las del Primer Juicio Divino parecen ya muy lejanas y, por decirlo así, pertenecientes a otra literatura. Y al igual los milagros: ahora están concentrados en los detalles cotidianos, a despecho mío, y también en la consuetudinaria y agotadora sustitución de órganos en mi cuerpo. El mundo tiende cada vez más a transformarse en un juego vacuo, como si el poder estuviera en espera y ya no tuviera otra meta que no fuera su propio despliegue y ya ninguna palabra puede aspirar a la gravedad que naturalmente le pertenecía en aquel tiempo. Desde que se me permitió tocar el piano, su sonido representa para mí un alivio indescriptible, comparable sólo con el sueño y con los supremos instantes de la voluptuosidad femenina. La hostilidad que los rayos manifiestan hacia el piano, rompiendo continuamente decenas de cuerdas del instrumento, es una prueba elocuente de su poder. Al tocar he sentido más de una vez cómo se disuelve el calambre de la vida y lágrimas copiosas que brotan de mis ojos mojan las teclas. Por lo demás, el piano tiene para mí también una valiosa función práctica, puesto que me defiende en mi exasperada lucha por la evacuación. Desde hace algunos meses tratan de impedirla con todos sus bajos recursos y el piano se ha revelado como mi única arma eficaz porque, mientras toco, cualquier retirada de los rayos está excluida y así, con frecuencia, yo me pongo al piano sentándome sobre el balde que me sirve, precisamente, para depositar mis excrementos. También así se disuelve la palabra mental y una cortina sonora protege la voluptuosidad del alma.*

»Masa quiescente de la sabiduría divina.

»Picus, in auspicatu magnus.

» Gastos: 4 marcos y 8 pfennigs en cadenitas. 70 pfennigs en cintas.

»¡También los dioses se descomponen!

»Me pregunto si llegará un día en que la voluptuosidad interior, transfigurada y ennoblecida por la imaginación humana, ofrezca una fascinación mayor que el coito exterior, contrario al Orden del Mundo.

»Después de mucho dolor, un sentimiento de solemnidad. Los nervios están ceremoniosamente sentados, como tumbas? ésta es la hora de plomo.

»Que jamás se separe lo enorme de lo risible.

»Esta religiosa tarde de tormenta sobre la Europa antigua por donde correrán las hordas.

»Lagos de alquitrán.

»Nada proviene de la nada, dicen. ¿Pero no será que la mente es nada?

»Hoy quince cuerdas rotas, con fuertes ruidos. Las Voces dicen que así me "preparan" el piano. No tendría nada en contra si no fuera porque eso anuncia las represalias de los enfermeros.

»Des dieux souteneurs qui se giflent!

»Es inevitable parecer uno de esos *manitúes* maniqueos, embarrados de sesos, que hacen hervir la sangre de sus víctimas en los altares de Salomón— y claro, es bastante molesto—.

»Esta mañana Ormuz se reía, burlón: ¿De qué sirve vigilar el Mal? ¿Acaso no está en minoría?

»Hoy terminó de consumirse el alma de von W., ya un miserable residuo. Muchos de mis sufrimientos están ligados a su nombre—, en particular no dejó de calumniarme, pero últimamente había dado varias pruebas de delicadeza de espíritu. Y siempre recordaré ciertos gestos magnánimos suyos, de auténtico temple aristocrático, como haber hecho aparecer un piano de cola (un Blüthner) en mi habitación. Le di el último adiós tocando la marcha fúnebre de la *Heroica.*

»Sive deus sive dea, ¿por qué ves la vida con ese sagrado terror que nos pedías tener hacia ti? ¡Desciende hasta mí por los porosos peldaños, infante y gigante, a la calera!

»Le malheur n'est ni dans nous ni dans les créatures. Il est en Élohim.

»If music be thefood of life, go on.

»¡Pequeño, pequeño Flechsigl».

Las Voces de Demel

Las Voces se habían reunido alrededor de una mesa de Demel y susurraban, entre las tazas de té y los pastelillos: *«You know, it's veryhard to saythat God is beingfucked*». «Oh, pero se requerirá aún de mucho, mucho tiempo...». «Los negocios no se dejan en el aire». «¿Podrías alcanzarme...?». «Pero, después de todo, ¿lo emascularon o no?» «Ése tiene tantas cabezas...». «¿Qué tienes en la boca?». «Santiago y Gartago». «Dice Miss Schreber que todas son consecuencias de la bien conocida política de las almas». «Luego entonces, ¿esos escorpiones eran arios o católicos?». «¡Oh, Dios, pero hay uno en tu taza!». «Todos los sinsentidos se anulan y a la vez se elevan, ¡ja!». «Ha encontrado acogida».

El Presidente reflexiona sobre la cadena de los asesinatos

«Es más bien extraño», se dijo el Presidente. «Mi padre me mató educándome, yo lo mato convirtiéndome en mujer y él me mata ya muerto impidiéndome convertirme totalmente en mujer y obligándome a quedar loco. Esta fea historia de familia, a su vez, no es más que una de las consecuencias de lo podrido que se filtra entre Dios y la humanidad. Y otra consecuencia es que el profesor Flechsig haya urdido una conjura para que Dios me abandonara como loco y prostituta y que ahora yo, desde que me convertí en el nuevo polo de la Atracción, esté gradualmente aniquilándolo, hasta reducirlo a un "miserable residuo", loco como debía haberme convertido yo, que por lo demás no logro salir de las torturas para generar la humanidad-Schreber». «Es más bien extraño», dijo, y asestó un potente *cluster* en el piano. «No se entiende bien quién hace y a quién se le deshace. Pero debo decir que desde que descubrí el placer de ser *mujer jodida* también se apoderó de mí una gran hilaridad al pensar en la soberanía del sujeto, como me había sido descrita en tantos doctos comentarios jurídicos. ¡*Porque cuando se actúa siempre se necesita ser dosl* Al menos es así desde que —¿desde siempre?— los dos grandes impostores se establecieron en el cielo detrás del mazapán de sus vestíbulos, desde que el sol es una puta y al mismo tiempo juez, con la espada de lo puro y lo impuro: otra vez es casi como una copia mía, el presidente Schreber. Claro, pudimos habernos dado cuenta antes. ¿Recordáis esas grandes *demi-mondaines* de sucia piedra gris, con los senos undosos apuntando hacia el observador, que están frente a los Palacios de Justicia con la balanza en la mano? ¡Sabed que apenas se han deslizado de la cama, soeces, con crujientes sedas...! ¡Sobre los platos de sus balanzas se truecan las almas con borlitas para empolvarse!

»Pues bien, que todos estos asesinos sean dobles y se persigan sin tregua a estas alturas parece ser completamente legal, si al final todos se sumergen en mi pantano *nymphidídico.* ¡Oh, pero cuán lejano está el término señalado!, ¡el redoble en el centro del tambor!, ¡inagotable la partición de las almas!, ¡hinchado aún de inmundicias el cielo, para verterlas sobre mis canales de voluptuosidad!».

El cántico del Presidente

El Presidente se encogió de hombros hoscamente, doblando la cabeza hacia un lado, y permaneció inmóvil un largo rato. Cuando un primer pálido rayo de sol atravesó la vidriera, sus manos se lanzaron al teclado y, con la voz más dulce, entonó:

«Mi piel es pulpa de aguacate, *nigra sum sedformosa,* el dios ya sabía entonces que el placer está en lo impuro, pura es sólo la defensa en el terror; cuando me retiré a la Corte del Príncipe Mongol ya me había tocado la *lepra orientalis*, ya no era dama hiperbórea, sino la Sulamita, tres jesuítas me acompañaban al baño, ya no defendía mi honor del descarado Oficial Francés, sino que lo absorbía en mis vestíbulos saboreando el chillido de ese ser que perdía su Nombre. *Dilectus meus misit manum suam perforamen, et venter meus intremuit ad tactum ejus.* En el jardín de la clínica de Sonnenstein el sol *decoloravit me—,* veneno de cadáver ha endulzado mi carne, *expoliavi me túnica mea*, hecha a un lado la levita estoy fajada por la red nérvea, en mi boca se ahogan las almas con voluptuosidad, descendidas desde todos los cuerpos celestes. A mi alrededor podéis ver a mis doncellas, aves golosas y parlanchínas, infinitas *girls* en la cinta de mis filamentos, adoran la promiscuidad de los sonidos, Santiago Cartago, en un tiempo mariposeaban alrededor de Parsifal, luego alrededor de Ziegfeld y al final llegaron a mí, EL LOCO IMPURO, para que nunca las redima, y yo a veces las llamo: Dudu, Suleika, pero no saben ni siquiera sus nombres. Dátiles y palmeras que han madurado en la Cocina del Diablo las rodean. Alzo los ojos hacia los cielos que *enarrant gloriam* y encuentro ahí, ¡oh!, la tela de mi χιτων. Después de que *introduxit me in cellam vinariam* el placer *percolavit* en los intersticios, aun cuando las cuadrigas de Aminadab lo desgarran a menudo (y entonces yo *sponsa, soror* rujo, golpeo la cabeza contra los barrotes de la ventana), pero también *in caverna maceriae,* mientras observo *vulpes parvulas* que me saquean, sé que ya cercené la cabeza a la bestia celeste, el *dégéneré supérieur,* para que yerre por mis venas torrenciales hasta los astros glaciales».

Arribo de los pájaros

Un crepitante batir de alas; de todas las direcciones llegaban en bandadas los pájaros. Cada día circundaban al Presidente durante horas, prestos a responder a su llamado—, en avanzada, Ormuz y Arimán echaban residuos de vestíbulos del cielo en descomposición sobre Schreber, le descargaban encima veneno de cadáver tomado de las reservas de la podredumbre celeste, susurraban incesantes palabras para defenderse del exceso de placer causado por la cercanía del Presidente y, en el momento en que cedían a la voluptuosidad de su cuerpo, bufaban un: «¡Maldito infeliz!» que, según las leyes de la «lengua fundamental», significaba su rendición al placer. Eran *girls,* curiosas, ávidas, *froufrou:* Molly, Dudu, Suleika, Phyllis, Gypsy, Yvonne, Jenny, Hidalla. Con actitud inconveniente, delirantes, mentirosas, no sabían mas que de la voluptuosidad fluctuante y sólo intentaban conservar, aún por algún tiempo, su lábil presencia, susurrando frases preconstruidas. A veces se detenían, encantadas por las asonancias casuales de sus palabras, absortas en la sorpresa, como frente a una dulce trampa de Eros, y entonces las palabras se enroscaban por un momento en sí mismas y *unpathos* delicado encrespaba esas secuencias vacuas. Y si también el Presidente intervenía de vez en cuando con frases breves, oportunamente asonantes, se insinuaba un diálogo de extremo placer, en un frágil equilibrio, al borde de la tortura.

Página 81, renglón 6

Eran muchas las que ya revoloteaban alrededor del Presidente y la fiel Molly, el Picus, adorada atalaya de la soledad, se le había posado en su hombro, como de costumbre. Oscureciendo el sol con la desmesurada rueda de sus plumas llenas de ojos, apareció entonces la Maitresse-Fraulein, el Pavo Real de los Yezidis, y en seguida resolló: «¡Alto, chicas!». De pronto había cesado el viento en el jardín de la clínica de Sonnenstein, no amenazaba ninguna interferencia. El Pavo Real volvió varias veces su pequeña e insulsa cabeza y susurró:

Canciones de las *girls* y el Presidente

EL PAVO REAL
Sólo lo efímero es
nuestro alimento
incansable sin
contraste y en la
tierna vena del género
se recomienda velo de
ceniza nuestro refugio
suave tela
para que en el círculo
gire la muela y
nos procure la blanca estola.

Página 82, renglón 14

MOLLY

Sí, sin base
fuera del epiciclo
girar cúmulos
en el enredo cuántas delicias
se pierden para nosotros
cuando la red
todavía sirve.

GYPSY
¡Oh! alfabeto,
aigrettes, corimbo
vaso retorcido
de la doctrina,
mi conexión, frívola
criba — trescientos bulbos en tu serrallo
el abrazo glacial
de tu tejido,
resinas, cromo
fleco divino,
cómplices empujan
adentro del embudo
fuera del cual
no se distingue
sólo se oye
hablar idiomas,
nuestra suerte
nos hizo astutas
precipitamos
según el medio
el corte a pique
que nos permite
zambullirnos en el fondo.

DUDU
Soplo falaz
de la hendidura hacia abajo
correa plegada
oscuridad de costal.
Usas el látigo
por donde es delgado,
donde está la faja
de cuero vil.
Siete abanicos
tenues flagelos
alegría del semejante
décors , oropeles.
Cuando se deshace
esta materia
—ves— se transparenta
una luz de asteria.

YVONNE
Gongorismos, nuncios aéreos
os cedo el paso
si retrocede la marea
en el charco animal,
la parte emergida
sensiblemente vuelta
al letargo.

EL PRESIDENTE
Alma, ¿no aceptas
no te dispones
a esta vaina
verdadero encierro

que simultáneamente agrega
hilo brillante
de baja ley?

SULEIKA
En cada gesto
tú hallas el asbesto
el apocatástasis
del amniótico
en tu vestíbulo
la Cinosura
gobernador
baba de cuervo
por el calor
extiendes el alquitrán
botones, brazalete
la psique se afina
bajo el encaje.

HIDALLA
Tórrido arroyo
serpiente de mar
si tienes deseos
que satisfacer.
Haz a un lado la piel
y después arroja el chorro
los brazos alzados
sin doblarte
luego clavándote a pique
sin timón
dentro de la estrecha
hendidura halla el corazón.

EL PRESIDENTE
Pronto que me enfurezco
yo devoro al espurio
vacío la cripta
alimenticia
preparo finalmente
la ópera bufa
de puro moho.

GYPSY
Por la justicia
de lo circular
repartida la carga
desciende separada
por elementos
en la corriente que tu voz
empuja a la desembocadura.

JENNY
Gima redondeada
del desastre
ganga de las visceras
mucosidades secas
dad el precioso don
de lo ínfimo en la poción
de la derrota gotas de líquido
ya no tratable quemar huellas
sensaciones indoloras
hasta morir.

EL PAVO REAL

En las cuatro esquinas
del universo
hallad un címbalo
siempre diferente
mas si es tarea
de lo femenino
tensar elásticos
dentro de lo sutil
la suma en el fondo
de lo virtual
en cada grado
permanece igual.

MOLLY
No hay respuesta
más convincente
que quedarse al filo
de la corriente,
como el cepillo
riza las pestañas
así el espíritu
hoy nos engalana.

SULEIKA
¡Oh!, inclina, inclina
tú incomparable
tumulto de almas
al tiempo que se suelta
jirón tras jirón
leonada georgette
prepara el paso:
habitación oscura
vacía morada
queda la pátina
que nada corroe
detrás de los espejismos
estela de llama
estilete de fuego
ahora te invoco
desvías la mirada
de Aminadab —
lo indescriptible
ya se convierte
en mujer eterna
zieht uns hinab.

(De todas partes del cielo los pájaros se lanzan hacia el Presidente. Larga pausa).

SARASTRO

(Es Arimán camuflado, se pasa la lengua por los labios).

Si una suerte ambigua se debe atribuir a los acontecimientos, no es de maravillar que éstos se sustraigan a un arte establecido. Mas el rigor y las incertidumbres, sobrepuestos, encuentran sin dificultad una asombrosa apariencia, por la cual el lugar de la razón es la geometría de los casos. Cualquier contingencia es susceptible de progresar, a pesar de que vague indeterminadamente, hasta participar de la certidumbre. La necesidad natural se reduce a lo fortuito, o viceversa. Es por eso que la experiencia no rehuye ningún dominio rebelde, si lo enlaza con el opuesto.

DUDU
Canalla impía
Escupitajo de rata
Nudo sin apretar
echas a la cavidad
valiosa espuma
yo te contemplaba
aguja brillante

dirigida hacia el astro
supereminente
encaje de brasas
guiaba el recorrido
dentro de la tiniebla
que siempre calla
trepaba a la cima
denso discurso
salvoconducto
la fuga astral
nos ha convencido
que el incorrupto
ya no vale
pero el charco húmedo
del pantano
nutre las hojas
cándido vacío
de tierra pútrida.

EL PRESIDENTE
Tú, vida ausente
devastas la mente.

PHYLLIS
Cabalgando a Aristóteles
yo pretendía
que la ciencia acaba ahí
donde tropieza la quinta pata.
Pero contigo, Presidente,
en vano ruge
el sol si desde Fobos
huye tu rayo
que envuelve al logos,
si inyectas el placer
en las mudas esferas.

EL PAVO REAL
La autoridad dice que el dado
es lo que está dado
y en cuanto al cubilete
es sin duda
el cuerno
del unicornio.

EL PRESIDENTE
Indecible es el contagio
que me acompaña,
el enjambre acéfalo porque apremia
para que la hora se anule,
el estiércol se mezcle
para que la pluma abundante
atranque la puerta —
sordo es el reclamo
que nos une,
nuestro fuego de polvo
el polen que compartimos
durante el oficio nocturno.

Página 90, renglón 5

Schreber se despide del doctor Weber

La noche del 19 de diciembre de 1902 el presidente Schreber y el doctor Weber cenaron juntos por última vez. Al dia siguiente el Presidente sería dado de alta del instituto de salud.

El castillo de Sonnenstein estaba envuelto por vientos de la estepa, que silbaban entre sus alas. La cena se desarrolló tranquilamente, como tantas veces durante los últimos tiempos. Schreber había llevado una conversación agradable, ensimismándose sólo en escasos momentos; al final, cuando las señoras se despidieron, el Presidente no dejó de darles su impecable besamanos, y quiso también rozar discretamente el brazo desnudo de la señora Weber. Luego le lanzó una fulminante mirada de complicidad y dijo: «Usted sí...».

Cuando salieron las señoras, el Presidente agregó, dirigiéndose al doctor Weber, como para disculparse: «Sólo quería comprobar los nervios de voluptuosidad». Permanecieron en silencio durante algunos minutos, sumidos en los imponentes y oscuros sillones, ya un poco raídos, mirando el fuego. «Nuestras conversaciones han sido un gran placer para mí durante estos últimos años, querido Presidente», dijo Weber, «y realmente me duele pensar que esta costumbre tenga que terminar ahora.» «No cambiará mucho más que esto», respondió el Presidente, «he decidido que mi regreso al mundo sea de la manera más silenciosa, por decirlo de alguna manera, de incógnito. Lo he reflexionado mucho y no creo equivocarme». Luego se calló un momento y siguió fumando su puro lentamente.

«Je *est un Autre,* y muchos otros», rugió de pronto el Presidente. «Mire, ilustre consejero secreto», continuó después serenamente, «esta conclusión, a la que he llegado en los últimos años, tiene incalculables consecuencias jurídicas y psiquiátricas y bastaría para desquiciar cualquier existencia, incluyendo la de su amable familia. Usted bien sabe, querido consejero secreto, que yo tengo ahora los dos sexos del espíritu: pero el respeto que siempre he guardado por los códigos y la ciencia me obliga a esperar a que el mundo entero se disuelva y que quizá sólo quede yo para generar a la humanidad-Schreber, antes que atentar contra una sola de las frases lapidarias de nuestros textos. Yo sé que una cadena los sostiene a todos, y que ni siquiera el más pequeño de sus eslabones puede ser quebrado sin que el resto se desplome. No puedo, sin embargo, evitar sonreír cuando os veo a vosotros, hombres hechos fugazmente, moveros con la cabeza alta, liberados del peso de la burocracia divina. Vosotros no lo sabéis aún: el dios muerto pesa más que el dios vivo, y más que el otro os devora. Al menos el dios vivo estaba cubierto por su hipocresía y su distracción, pero vosotros tendréis que sentir las garras del dios muerto hasta en las raíces de vuestros nervios, porque ahora más que nunca necesita nutrirse de vosotros, ¡y en comparación con él cualquier rapaz terrestre es dócil! ¡No sabréis siquiera quién os desgarra la carne y devasta vuestros pensamientos, porque habéis perdido los Nombres!».

El guardián de la miel

El presidente Schreber se levantó muy temprano en el sórdido hotel Omonoia de Pirgos; quería tomar el primer autobús para Olimpia. Sería el típico viaje demoledor entre cabras, gallinas y olor a leche cortada. Con ceremoniosa amabilidad el Presidente encontró un lugar entre cestos y sacos y se adormiló junto a la ventanilla. Se espabiló cuando el autobús estaba entrando en Olimpia: aún era muy temprano, el aire era vibrante y terso. El Presidente empezó a caminar por las calles con una sensación de suave euforia. Era un pueblo griego como muchos otros, hecho de cubos descascarados de color claro. Hacia los límites del pueblo vio un pequeño café bajo un emparrado color esmeralda: en la sombra se distinguían mesas y bancas de piedra gris. Frente al café, en una placita de tierra apisonada, el sol exaltaba el amarillo, pero aun no había atraído el polvo. El Presidente se sentó a una de las mesas de piedra para desayunar. Miraba el amarillo de la plaza y la sombra apenas palpitante del emparrado cuando se le acercó una joven mesera de cabello ensortijado y dijo: «Buenos dias, señor Presidente, ¿qué le puedo servir?». El Presidente se quedó pasmado: «Disculpe, ¿acaso usted era uno de mis pájaros?». «No precisamente, señor Presidente. Es mi padre, que está adentro, quien me ha hablado de usted». «¿Por qué no lo invita a tomar el café conmigo? Quisiera conocerlo». «Sí, café, pan y miel». «Sí, como quiera».

El viejo Tiresias se asomó a la puerta poco después y se sentó al lado del Presidente. «Como verá ya no estoy en ese incómodo agujero donde me obligaban a hablar casi pegado al hocico del carnero degollado. Toda la economía de los vivos y los muertos ha sido mezclada desde entonces. Pero yo esperaba una visita suya, sabía que un día descendería de nuestro ómnibus que hace servicio postal con su Baedeker y su Pausanias bajo el brazo. ¡Cuántas pláticas, cuántas historias que encontrará en los libros, todas equivocadas, he acumulado para contarle! ¡Y a usted le sucederá lo mismo, ya verá, dentro de unos diez años!». Mientras Tiresias hablaba, el Presidente miraba con fijeza sus manos: en el sutil entramado de las venas de Tiresias, en la textura de la piel, en la delicadeza del color reconocía, por primera vez en otro, esos nervios de voluptuosidad femenina, cuya singularidad anatómica había tratado de hacer notar a los médicos. Pero ni siquiera ésa habían percibido. Hablaron todavía mucho tiempo. El Presidente untaba la miel en el pan y bebía café, y de pronto se dio cuenta de que tenía en la boca la cosa más pura y más impura que pudiera existir, no tenía nada que ver con ciertos tarros caseros de miel que alguna vez su mujer le había llevado a la clínica—, *recordó cómo en Sonnenstein se le deshacían todavía en la boca melosas almas de muertos: también esa miel era de muertos, pero aún era carne luminosa*; *lo invadió una enorme serenidad, un abandono que desde hacía años*, *cientos de años, no sentía.*

Luego quiso ver una habitación que alquilaban arriba del café y pidió dormir esa noche allí. Pasó todo el día entre las ruinas de Olimpia. Por la tarde Tiresias no apareció y la encantadora Manto sirvió la cena en solitario al Presidente. A la mañana siguiente Tiresias se sentó nuevamente a la mesa de piedra, frente a la plaza vacía y ya casi amarilla: «Para mí todo comenzó aquella vez que Zeus y Hera me llamaron y me preguntaron quién, entre el hombre y la mujer, sentía más placer. Yo respondí: de diez partes el hombre tiene una, mientras que nueve partes de placer colman la mente de la mujer. Hera jamás me perdonó esas palabras. Y cuando me quitó la vista me pregunté a menudo por qué les preocupaba tanto que no se dijera este hecho elemental del placer de la mujer. Y poco a poco me di cuenta, en mi ceguera y en mi clarividencia (miserable reparación que me proporcionó Zeus, después de la fechoría de su mujer), de que, si bien ya había presenciado la cópula de las serpientes y ya varias veces había seguido el movimiento de oscilación que transforma en mujer y luego otra vez en hombre, aún mucho de los acontecimientos divinos se me había escapado, y sobre todo la guerra: el odio vertiginoso entre estos parientes, en el cual me vi envuelto —porque en el fondo yo también era uno de ellos, y nunca lo olvidaron—. Un comentario

inoportuno abría sangrientos abismos, del cinturón de Afrodita asomaban fieras, el Escorpión levantaba su dardo, la red de Efesto se volvía incandescente. Como desagravio, para deshacerse de mí, me concedieron una larga conciencia después de la muerte, pero nunca fui *reçu,* como en cambio le sucedió a otros más oportunistas, como Anfiarao, porque le gustaba mucho a Apolo, mi peor enemigo, mucho más cruel que la mojigatería de Hera.

»Pero sería demasiado complicado seguir toda la historia y no quiero aburrirlo —por lo demás, se imaginará con facilidad muchos de estos hechos—. Usted me ve aquí, sirviendo miel, pan y café y, no obstante, yo soy más antiguo que los Doce, esta *haute bourgeoisie* del cielo, que se hacen tantas atrocidades pero siempre se vuelven a reunir para festejar los cumpleaños. En *el fondo me urgía decirle una sola cosa, verla reflejada en quien ya la conoce: los dioses se sientan siempre sobre otros dioses, y eso sobre lo que se sientan son cadáveres, y mucha de su fuerza viene precisamente de estos asientos de piel desollada.*

»Mi Flechsig fue Apolo. Me protegió para poder matarme. Y ahora le contaré algunas cosas que no encontrará en los libros. Yo estaba presente cuando se erigió en Delfos el segundo templo, ése que construyeron las abejas y los pájaros con cera y plumas. Fue allí donde conocí a Molly, el Picus, guardián de la miel, que supervisaba los trabajos. Todos nosotros sabíamos entonces que la tierra es la miel de todos los seres y que todos los seres son la miel de la tierra. Pero, como dijo un poeta nuestro, "el cielo puro quiere herir a la tierra", y vino Apolo el Oblicuo, el dios de los ratones (por lo demás, a mí también me transformó en ratón durante un tiempo), celoso de la perezosa dragona enrollada de Delfos, que sabía los signos del futuro. En el templo reinaban entonces las Trías, las abejas doncellas que habían alimentado a Apolo y se embriagaban de miel antes de vaticinar. Apolo, enemigo secreto de la miel, vino de visita. Observaba, callado. Una vez me llevó aparte, me habló sobre un plan suyo, una visión que necesariamente se realizaría, sobre una alianza, una división de los poderes, un cambio inminente. El brillo de sus palabras me fascinaba y, no obstante, me hacía sospechar. Me aconsejó regresar a practicar la mántica a mis lugares, no lejos de allí, en la fuente de Telfusa. Fui, pero no sabía si había aceptado o no un pacto con él. No mucho tiempo después me enteré de que, para deshacerse de ellas, Apolo había "*regalado*" (¡éstos son los eufemismos de los Olímpicos!) las Trías a Hermes. Odiaba los dados de las abejas doncellas porque decía que le daban a Delfos un aspecto de baja charlatanería. Todos saben lo que sucedió después: Apolo mata a la dragona, para sentársele encima; la destrucción del templo de cera y plumas (y Apolo lo hurta para sus insípidos Hiperbóreos, antigüedades mágicas) para sustituirlo por el de bronce —¡ah!, más noble y reluciente, ya no blando ni envenenado por la dulzura de las abejas—. Las pláticas conmigo habían servido, sobre todo, para alejarme: sórdidos manejos políticos.

»Alrededor de Telfusa el terreno pronto empezó a volverse pantanoso, las algas subían hasta el manantial, gruesas burbujas estallaban en el agua. Era una advertencia irónica: ¡vuelve al lugar del que has venido! El rumor de la ruina de mi fuente corrió rápido: frente a mí pasaban caravanas que iban a Delfos, sin detenerse. También pasó una amiga mía norteamericana, con su trenza alrededor de la cabeza y su aire de exquisita institutriz, quien me saludó y dijo: "*Truth is no Apollo Belvedere, no formal thing. The wave maygo over it if it likes*". Luego me dejó, pero ni siquiera fue a Delfos. Allá se encontraba el asesinato puro, la noble culpa, el desapego heroico, la gran sobriedad occidental. A mí ya me habían superado. Pero no era suficiente: durante un tiempo me secuestraron a Manto para llevarla precisamente a Delfos, rico botín, y yo desaparecí. Pero los Doce no quieren transiciones demasiado bruscas: después de algunos años me la devolvieron y me permitieron, con delicada ironía, establecerme aquí en Olimpia para cuidar mis colmenas y para recibir a algunos visitantes, como usted. Pero no crea que yo suelo hablar de estas cosas, como ciertos viejos obsesivos. Vivo en una gran quietud, si bien los terrores pasados juegan dentro de mí y de Manto, como en jaulas vibrantes».

El final de Flechsig

En 1921, a la edad de setenta y cuatro años, el profesor Paul Emil Flechsig se tuvo que jubilar. Hasta la fecha límite que le consintió la ley había seguido enseñando y realizando sus investigaciones en la clínica universitaria para las enfermedades nerviosas de Leipzig, fundada por él casi cuarenta años antes. Encerrado en su despacho había marcado en el calendario la fecha de su jubilación con un circulito luctuoso. No obstante su aspecto aún robusto y macizo, hacía tiempo que sentía que estaba retrocediendo en la escala biológica, como si ya no fuera sangre, sino una delgada linfa, lo que corriera por sus venas. Miraba por la ventana y pensaba en los años transcurridos: lejos estaban los años gloriosos de los trabajos sobre la médula, de las conjuras celestes, de las largas estancias entre las constelaciones, los últimos años sajones: la marea bolchevique ya había inundado el mundo, Alemania estaba corrompida por la mala moneda, en las cifras proliferaban los ceros y, no obstante, él sabía el porqué de casi todo esto, pero tenía que callarlo.

En los últimos tiempos tenía la costumbre de pasar todos los días algunas horas en un pequeño pabellón del jardín de la clínica, donde había empezado a cultivar plantas tropicales. Hablando del día inexorable en que abandonaría el servicio oficial de la ciencia, les había pedido a sus asistentes que no lo fueran a celebrar de ninguna manera, es más, que ni siquiera le dirigieran la palabra. En las primeras horas de la mañana de ese día había ido a su pabellón y se había dedicado a sus plantas. Abrió la puerta de un desván donde solía tener sus aperos y contempló las abundantes provisiones de comida que había acumulado a escondidas durante las últimas semanas. Luego se abandonó al sueño.

Muy pronto se supo que el profesor Flechsig se había encerrado en el pabellón. Durante dos meses fue simplemente objeto de conversación en voz baja entre los asistentes y los enfermeros. Finalmente, un día, el afable doctor Weber decidió visitar al Profesor. Tocó discretamente y en seguida éste le abrió. Vio a Flechsig con botas de hule, un viejo sombrero en la cabeza y una diminuta pala en la mano: en la oscuridad de la habitación se distinguían tupidas enredaderas que debían de haber penetrado durante esos últimos tiempos. El doctor Weber dijo que sólo quería charlar un poco y fue recibido con serenidad. Hablaron de las últimas novedades, del nuevo cauce que habían tomado las investigaciones en el instituto, algunos chismes académicos y, finalmente, hicieron algunas vagas referencias a la situación política. El profesor Flechsig escuchaba atentamente y respondía con pocas palabras, perfectamente acordes, aunque su voz parecía quebrada. Después de esa visita pasaron aún algunos meses: Flechsig no salía nunca de su jardín y se le podía ver en distintos momentos del día agachado trabajando en sus plantas. Los enfermeros le llevaban comida del comedor. Ninguno se había atrevido a preguntarle cuándo pensaba irse. La ocasión se presentó con la visita de un rígido inspector del ministerio que había encontrado algo que censurar a la administración de la clínica y por casualidad también había descubierto la extraña situación del profesor Flechsig, que juzgó escandalosa. Pocos días después llegó una carta de Berlín que ordenaba desalojar al profesor Flechsig del pabellón del jardín, que serviría de archivo para una cantidad de documentos que el inspector había encontrado apiñados en desorden en dos habitaciones del último piso.

El doctor Weber tocó nuevamente a la puerta de Flechsig, habló otra vez de varias novedades académicas y al final deslizó en la conversación la noticia de la carta enviada por el ministerio. Flechsig no se mostró sorprendido, movió apenas la comisura izquierda de los labios: «Jamás me moveré de aquí, este jardín es mío, ya no tengo nervios, mis tendones se alimentan sólo de las raíces de estos pocos metros de tierra». Luego cambió el tema de la conversación.

Un mes después el profesor Flechsig fue arrastrado a la fuerza por algunos enfermeros que conocía hacía años y que en su mayoría había contratado él mismo para la clínica. Mientras lo arrastraban, su cuerpo

macizo se resistía como un bloque de piedra y sólo dijo: «Aunque ya soy únicamente un miserable residuo de los vestíbulos del cielo, mi cuerpo es la Ciencia y la Ciencia os matará a todos».

El Presidente acicalado por el Tolemaico

Un maligno invierno berlinés llegaba a su fin; chatarra engullida por el hielo, lobos en el Oder, el dinero desaparecido, en las balanzas pesaba el plomo arrancado a los dientes de los cadáveres que nadie reclamaba, se hablaba el argot de las tropas de ocupación. El presidente Schreber caminaba solo en un sucio crepúsculo, un grueso abrigo negro le bajaba hasta los tobillos, asomaba un par de elegantes zapatos negros enlodados, aunque en algunas partes lustrosos. Era cansado avanzar entre los escombros, en un terreno cubierto de muebles rotos, cuerpos inertes, grandes camas de latón. Dio vuelta en la Bozenerstrasse; allí algunas fachadas estaban todavía de pie, lívidos *bibelots.* Detras de un escuálido almendro el Presidente reconoció el rótulo LOTOS —instituto de belleza, várices incluidas— y debajo, en el escaparate, dos botellitas de champú al lado de la foto de un peinado de antes de la guerra. Resonó agudo el tintineo de la puerta que se abría y, de un sillón desfondado en la penumbra de la tienda, apareció el Tolemaico: «Enhorabuena, señor Presidente, esperaba precisamente recibir una visita suya. Estoy de ánimo conversador —¿y con quién si no con usted podría hablar?—. Hasta eché a un lado la ametralladora, por el momento, como puede ver».

El Presidente se quitó cuidadosamente el grueso abrigo, revelando un ahora andrajoso vestido de noche negro, de strass y seda, con un gran escote en el pecho. Luego se miró en el enorme espejo, quizá la única pieza entera de la tienda, y se alisó ligeramente el vestido. «No pido otra cosa que oírlo hablar mientras me peina, y bien lo sabe, querido amigo».

El Tolemaico miraba fijamente el espejo: «Pero es extraordinario... ¿Sabe que hasta ahora no había visto bien esa flor de loto tatuada entre sus senos? ¡Y precisamente hoy quiere usted darme este pretexto, ya no me detendré! ¡Acaso quiera aludir a una afinidad excesiva entre nosotras, querida mía! Pero ¡usted sabe los berrinches que hago!, precisamente en estos días he pensado mucho en las historias que me ha contado: su Flechsig, el Picus, Viena, el viaje a Grecia, y de ello le he hablado a menudo al Nocturno, cuando me ha visitado; he visto que con frecuencia sonreía, socarrón—, he vuelto a pensar en tantos recodos de mi vida y me he dicho: sí, tendré que contarle algo que quizá esta obtusa disputa sexual le ha hecho olvidarun poco, y sin embargo es algo sin lo cual no sabríamos vivir, es nuestra droga fisiológica. Pues bien, no basta ese, aunque admirable, placer tan frecuentemente negado para arrastrar la carreta de los cadáveres; no me decía a mí mismo—, es el vacío, la esterilidad, el brillo, la frialdad a menudo odiosa, por cierto, de Palas, y de ella a la esquizofrenia hay sólo un pequeño paso, la diosa nihilista, cualquier supuesta unidad natural se quiebra golpeada por su lanza».

«Pero ¿por qué me agito tanto?», continuó el Tolemaico alargando la mano hacia otro cepillo. «Sí, *ma chére*, quizá porque también yo he sido —durante mucho, mucho tiempo— un grumo de mucosidad en un pantano caliente; el ala de la gaviota era demasiada tortura, también la cabeza de la libélula, como usted sabe bien. Y, no obstante, el gran experto de la regresión, que le habla en este momento y que ha visto cómo se descompone desde hace cuatro siglos en su cabeza un Yo legítimo, le asegura que no tiene ninguna nostalgia por la sabiduría de las abejas, no me desvivo por evocar a Ishtar, si no es como cliente de mi negocio, aunque, de cualquier modo, siempre le reservo el mejor esmalte de uñas. *Retournons à la grand mère* — estoy seguro de que todavía lo dirán—, y tendrán en mente algún idilio en los pequeños jardines inventados por su padre Daniel Gottlob Moritz. Y en cambio somos criminales, ligeros, disolventes, también un poco antifemeninos; *pardon,* mejor dicho, neutros en el origen; el único argumento del que biológicamente tenemos algo que decir es el estilo. Del cosmos a la cosmética se dirige la flecha del destino occidental; regalo este tema a las meditaciones dominicales de nuestros académicos. Mi querida Miss Schreber, ¡le deseo una buena velada con los oficiales en el Alcázar!».

Schreber después de su funeral

Luego de despachar los trámites de su funeral, en abril de 1911, el presidente Schreber, continuando con su vida metahistórica, se había dedicado a vagar por las grandes ciudades de Europa. Una sola esquela en el obituario, pero de sublime pertinencia, había anunciado su muerte, en una extraña revista roja de Viena, escrita en su totalidad por alguien que las Voces le habían presentado alguna vez como un «joven corruptor», de nombre K.K. De cualquier modo, éste debía de saber algo pensó el Presidente—, si lo evocaba en la muerte bajo un pseudónimo del cual, realmente, pocos estaban enterados: August Strindberg. Al leer las últimas líneas de esas dos condensadas páginas, el Presidente hizo un gesto de aprobación apasionada: «La verdad de Strindberg: el Orden del Mundo está amenazado por lo femenino. El error de Strindberg: el Orden del Mundo está amenazado por la mujer. Es la señal del delirio, que un delirante diga la verdad».

Mientras tanto el Presidente seguía con su acostumbrado interés la literatura psiquiátrica y, a esas alturas, psicoanalítica. Mucho había esperado del largo artículo de Sigmund Freud dedicado a sus *Memorias*, y en los años sucesivos le alegró observar cómo su nombre circulaba cada vez más en las revistas científicas. Un punto, sin embargo, lo dejaba perplejo: las frecuentes referencias a su «caso» —porque ahora así se decía — no estaban ligadas, la mayoría de las veces, a una atenta lectura de las *Memorias.* Es más, las revelaciones contenidas en ellas no se divulgaban absolutamente, ni siquiera por aquellos que parecían conocerlas. El Presidente se preguntó entonces si este silencio sería casual o en cambio se debía a la acción postrera de los rayos extenuados, que quizá aún interferían para que no se supiera demasiado de lo que Schreber había descubierto. Al final, en París, tuvo la ocasión de leer un artículo complejo, en el número 4 de la revista *La Psychanalyse,* cuyo autor finalmente parecía querer penetrar en la Cocina del Diablo. Pero Schreber sintió entonces que esta vez los rayos estaban interfiriendo quizá contra él mismo para impedirle entender la brillante argumentación del estudioso. No podía prestar atención convenientemente; abandonó la revista con un gesto de respetuosa fatiga.

Encuentro con Schreber

Cuando me encontré al presidente Schreber hace algunos años en Londres, en un pub de Charing Cross lleno de espejos y reflejos metálicos y cristalinos, le pregunté si el final del conflicto con el Orden del Mundo, que él había anunciado como próximo, estaba ahora por producirse, después de tantos años. Sonrió: «Ormuz-Arimán y yo mismo hemos encontrado, con el tiempo, un nuevo placer en esta situación: el arte de la negociación no sólo vale entre los hombres, sino también en el cielo.

Claro, yo preferiría ser presidente de la Corte de Apelaciones en Dresde y no Dios, pero hay una necesidad y ni Ormuz-Ariman ni yo pudimos escapar de ella jamás. Por el momento me quedo como el Judío Errante, un magistrado retirado que pasea por tantas ciudades, que tiene pocos conocidos, que frecuenta mucho las bibliotecas —no obstante, mis nervios de voluptuosidad femenina se han afinado enormemente—. Pero he dejado de sacar de estas observaciones, y en general de la lectura de los signos, un impulso a creer en el acercamiento de los hechos. Respecto a la época en que estaba en la clínica, esto ha cambiado por encima de todo: he descubierto que entre los signos y el tiempo la relación es irónica y oblicua, y además cualquier práctica de la voluntad, en éste más que en cualquier otro aspecto, le resulta ridicula a mi sensibilidad femenina».

Schizophrenics Anonymous

Hacia finales de 1964 el presidente Schreber estuvo otra vez en Estados Unidos. Se enteró, como siempre mediante sus lecturas psiquiátricas, que un grupo de esquizofrénicos acababa de fundar una especie de club: *Schizophrenics Anonymous*. Intrigado, se imaginó en seguida algo que hasta entonces no había logrado encontrar: un lugar donde podría hablar tranquilamente, sin temor a represalias, con personas ajenas pero afines, capaces de escucharlo con benevolencia, un poco como en su viejo club de magistrados sajones. Luego de algunas indagaciones consiguió la dirección de la asociación: *Schizophrenics Anonymous International*, Box 913, Saskatoon, Saskatchewan, Canadá. Pocos días después se presentó: al principio temía abrumar a los otros socios con las muchas cosas que tenía que decir, y que ya hacía mucho no decía. Sucedió lo contrario: los miembros de la asociación, cordiales a pesar de su sufrimiento, se le anticiparon con sus ininterrumpidos discursos. El Presidente casi siempre permanecía callado, con la discreción que correspondía a un nuevo miembro. Sentía que querían convencerlo de algo. Le hablaron en seguida de las Megavitaminas, de las Ortomoléculas y de otros seres de quienes Schreber creía tener un vago recuerdo que se remontaba todavía a los años de Sonnenstein, al parloteo interminable de las Voces. ¡Pero a cuántos personajes le habían presentado entonces! Y no de todos había logrado conservar un recuerdo preciso.

Días después, los otros miembros le recomendaron ingerir ciertas sustancias, evidentemente vinculadas con sus discursos. Al parecer, ésa era la regla de la asociación. El Presidente accedió gustoso, tanto más porque la comida era, en conjunto, abundante y sabrosa. Sólo temía engordar más —y, de hecho, sucedió—. Luego comprendió que allí no tenía caso hablar de sus descubrimientos, sino, por el contrario, había que escuchar e intercambiar un poco de charla sobre los temas del día. Para él había algo familiar en el ambiente, así que decidió quedarse allá algún tiempo. Nunca se curó.

Lista de los pasajes autógrafos del Presidente

Los primeros dos números remiten, respectivamente, a la página y a la línea en la cual se concluye la cita de las *Memorias de un enfermo de nervios*, de Daniel Paul Schreber; el tercer número indica las páginas correspondientes a la edición en español (Sexto piso, 2008).

13,2: 71
13,4: 74
14,20: 59
14,29: 206
14,32: 80
15,3: 315
15,15: 63
15,30: 74
15,31: 74
19,3: 95
21,25: 77
22,32: 100
25,15: 75
26,3: 132
26,28: 73
27,2: 74
27,12: 74
27,16: 76
27,21: 106
27,33: 76 2
8,15: 49
33,27: 95
34,15: 107
34,23: 322
40,11: 295
40,16: 68
40,21: 87
46,29: 65
47,1: 69
47,7: 143
48,3: 113
48,14: 133
48,21: 124
49,9: 632
49,18: 632
49,22: 143
50,34: 647
51,34: 221
53,5: 64
57,22: 64
57,25: 56
57,26: 165
62,13: 176
72,9: 244
74,26: 257
74,9: 272
74,24: 161
79,27: 234